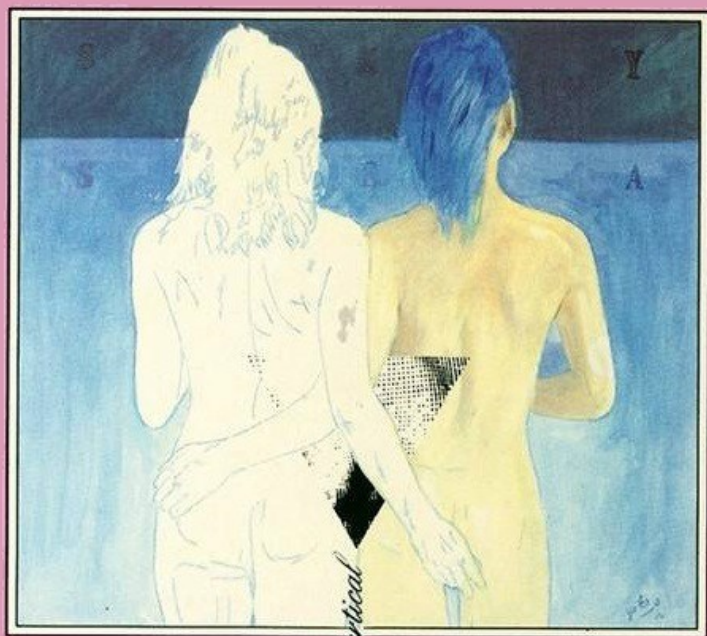


Robert Sermaise

Preludio carnal



La sonrisa vertical



Ésta es la historia de la iniciación sexual de una joven pareja. El tío del joven le incita a escribir la historia que le ha contado:

«—Te agradecerán el que hayas tratado con toda franqueza, sin falsos pudores, ese problema esencial, el más importante de todos los problemas sociales: la armonía sexual en el matrimonio. (...) El virtuoso del amor conyugal escasea tanto como los verdaderos poetas. Todos los demás son lamentables (...). Es para ellos, para evitar que sus mujeres vayan a otra parte a saciar su sed de ternura carnal, para quienes deberías escribir tu “experiencia”.

»—Otros ya lo han hecho antes que yo.

»—Lo han hecho tan sólo a medias. Sin atreverse a rebajarse a esta humilde minucia de detalles, a la que, no obstante, nada podría aportar el egoísmo satisfecho de un marido sin imaginación».



Robert Sermaise

Preludio carnal

La sonrisa vertical 89

ePub r1.0

ugesan64 28.10.14

Título original: *Prélude charnel*

Robert Sermaise, 1994

Traducción: Thomas Kauf

Editor digital: ugesan64

ePub base r1.2



I

—Otra víctima de la brutalidad machista —concluye sentenciosamente mi tío.

Y echándole otra ojeada a las fotos:

—¡Es una lástima, con lo guapa que es! Y dime, de cuerpo, ¿está igual de bien?

—Una Diana personificada. Ni le sobra, ni le falta. Y muy ágil, además.

—¡Qué suerte tienes! ¿Decías que la boda será el...?

—El veinte de julio.

—¿El miércoles que viene? ¿Y cuánto hace que estáis prometidos?

—Oficialmente, desde el jueves pasado; el día de mi regreso de Shanghai.

—¡No me digas! ¿Y tendrás ese vergonzoso valor? ¿Violarás a una muchacha que no hace ni quince días que te conoce?

—Para empezar, no se trata de violarla.

—Porque será legal. ¡Vaya diferencia!

—Y luego, porque hace más de dos años que nos conocemos.

—¡Pero si estabas en China! ¿Desde allá la iniciabas en el amor? ¡Ya, claro, mediante dibujitos! Claro, ¿por qué no?, dibujos animados.

—Por favor, os lo ruego, tío.

—De acuerdo, te pido perdón, muchacho. Vamos, explícame esa preciosa historia... Supongo que fue algo breve: un metro de película y ya era tuya... ¿Decías que os conocisteis...?

—Hace dos años. Algo más incluso. Era a principios de junio. Los Rolland me habían invitado a pasar unos días en su casa de campo y allí coincidí con Thérèse; ya sabéis,

su nieta. Había mucha gente, pero todos adultos; y como Thérèse y yo éramos los únicos jóvenes...

—¡Estás jactándote de tu hazaña!

—¡En modo alguno! Yo sólo tenía treinta y tres años; y ella dieciocho y no parecía que me tomara por un viejo.

—Entonces ¿el gran amor?

—¡De ninguna manera, en absoluto! Jugamos mucho al tenis, paseamos mucho juntos, sobre todo hablamos mucho los dos, pero ni asomo de aventura. Además, *Madame* Rolland no nos quitaba el ojo de encima.

—¡Pobre muchacho!

—Se mantenía algo alejada, nos dejaba charlar con toda libertad; pero igualmente podría haberlo oído todo sin el menor reparo. Había, entre Thérèse y yo, una buena camaradería; conversaciones cordiales y francas, a menudo sobre temas elevados. Pues es muy inteligente y muy culta.

—¿La típica muchachita que aprueba el bachillerato?

—Pero que ha seguido profundizando: licenciada en letras y en historia. Y, sobre todo, que ha leído mucho y lo ha asimilado perfectamente.

—¡Fatal, todo eso es fatal!

—¿Por qué?

—¿Con un cuerpo torneado como ése —señala las fotos con el índice— y a la chica le gustan los estudios? Se trata manifiestamente de un complejo sexual reprimido, como diría Freud. ¡Y menudo complejo! ¡De tomo y lomo!

—¡La perspectiva no me parece tan desagradable!

—Por supuesto, siempre y cuando el hombre sea hábil. Pero haría falta un auténtico artista del amor, y no un turista apresurado como tú. Y es que el peligro con esas jovencitas, muchacho, consiste en que son muy sensuales y a la vez bastante esquivas. Por descontado, capaces de arder como antorchas y durante toda la vida, a poco que uno sepa encenderlas. Pero vacilantes en un principio, como la llama que todavía titubea; y esa llama corre el peligro de apagarse, desde el primer día, si se la manipula

sin el debido cuidado. Pero bueno, ya te lo explicaré luego, continúa tu historia.

—Así pasamos tres semanas; tres semanas de deliciosa intimidad, intelectual y moral. En ellas pude apreciar las cualidades de Thérèse hasta la saciedad: una jovencita de verdad, afectuosa, espontánea, pero reservada y muy sensata. La víspera de mi partida, le confesé mi amor...

—¡Claro de luna, violines en sordina, besos...!

—Nada de eso. Le dije a Thérèse que la quería y le pedí que fuera mi mujer. Se puso pálida, me declaró que le resultaba profundamente simpático; pero acabó diciendo que ambos necesitábamos madurarlo. Yo esperaba un beso que, por lo menos, la habría comprometido en cierta medida; se negó. Muy amigablemente, por cierto, con mucha sencillez, explicándome que no estaba aún suficientemente segura de su decisión futura.

—¡Hum! Algo frío, ¿no te parece?

—Simplifico. En su voz sonaban esos matices cálidos y profundos que apenas dejan lugar para la duda; y a la mañana siguiente, tenía una respuesta definitiva. Mientras hacía el equipaje, temprano, llaman a la puerta. Dar el paso debió de costarle lo suyo; parece sin aliento y al principio habla a tal velocidad que a duras penas la comprendo. Me suplica que no esté dolido por su respuesta de la víspera, que no la considere como una negativa; pero le da miedo, me explica, tomar una decisión apresurada, demasiado influida por el pesar que le produce mi partida. Al hablar de esa partida tan cercana, no puede reprimir un puchero, como una criatura que contiene el llanto; y de repente, se desmorona sobre mi hombro llorando.

—¡Y con un beso ardiente enjugas sus lágrimas!

—Eso es lo que debería haber hecho, ¿no? Sin embargo, había venido tan confiada, parecía de repente tan desamparada, que no me atreví.

—¡Bravo!

—Os parezco idiota, ¿no? Podéis estar seguro de que

si llega a tratarse de una mujer o de una medio virgen... Pero se trataba de una chiquilla.

—¿Por qué disculparte? ¿Me tomas por un animal?

—Al cabo de dos días, me embarcaba para Shanghai. Dos años de exilio que, esta vez, me han pesado. Pero habíamos decidido que nos escribiríamos con cada barco correo.

—¿Y el can Cerbero?

—¿La abuela? Thérèse se ocupó de ella. Y además, cuatro meses después de mi marcha, ya éramos novios oficiosamente.

—¿Por poderes? ¡Beso de compromiso por cablegrama!

—En lo que a eso se refiere, por supuesto que no ha quedado más remedio que esperar hasta el jueves pasado.

—Pero en esos ocho días, me figuro que has recuperado el tiempo perdido.

Me encojo de hombros, irritado por esa inquisición y bastante incómodo de tener que responderla, ya que Thérèse y yo hemos estado muy vigilados y siempre tenemos que andar besándonos a hurtadillas, con demasiadas prisas. Mi tío, por lo demás, ya ha comprendido:

—Vaya con la abuela Rolland, en realidad es demasiado tonta. Todo esto es espantoso, qué digo, peor aún, es un crimen: quince días de noviazgo y ¡cataclac! ¡Vas directo a la catástrofe, muchacho!

—¿Cómo que catástrofe? Exageráis, tío. No soy el primero al que le sucede algo así.

—No me vengas con la puñeta de lo que les pasa a los demás. Te conozco; tú te tomas el matrimonio en serio, a ti te gustaría que tu mujer fuera también tu amante de verdad. Y en eso tienes toda la razón, dicho sea de paso; un marido y una mujer que se quieren con amor carnal, totalmente, sin reticencias ni falsos pudores, todavía no se ha inventado algo mejor. Pero lo vas a echar todo a perder.

—¿Qué queríais que hiciera? Vuelvo a partir para

China dentro de seis semanas. ¿Acaso tenía que esperar hasta la víspera del viaje?

—¡Ah, no, de ningún modo! ¡Todo menos eso! Las literas demasiados estrechas, el mareo, la gente figoneando. Desastroso para un viaje de bodas; quiero decir para un viaje de bodas de verdad, entre un señor y una señora capaces de comprender la importancia de lo que están haciendo. Ten, toma un cigarrillo y déjame que te exponga mis ideas; tú luego haces lo que quieras; pero yo me quedaré con la conciencia más tranquila.

Clava un instante la mirada en su pipa apagada, como si buscara en ella sus ideas. Luego la vacía metódicamente, dando golpecitos regulares contra el canto del cenicero:

—¿Tienes tiempo para escucharme?

—Sí, sí. Como podéis imaginar, el asunto me interesa.

—Perfecto. Pero tratemos primero de delimitar el problema. ¿De qué se trata? De fabricar amor conyugal. Nada de sucedáneos surgidos de intereses financieros o de conveniencias sociales. Lo que buscamos es la unión total, intelectual y carnal, entre dos seres que hacen el amor y... les importa un rábano lo demás. ¿Estás de acuerdo?

—De acuerdo.

—Para fabricar eso, necesitamos evidentemente materias primas de buena calidad: una mujer capaz de estremecerse y un hombre al que le guste el amor.

—Si le gusta demasiado, no se dará por satisfecho con las alegrías del matrimonio.

—¡Error, jovencito, error! Un hombre que va haciendo de Don Juan, sin conseguir un objetivo fijo, no es un amante de verdad. Suele ser un neurópata... Y si tanto le excitan las novedades, es por necesidad de poner parches a un erotismo reventado, que se deshinchía periódicamente.

—También puede ser por eclecticismo.

—¿Eclecticismo? El de los conserjes de los hoteles que chapurrean varias lenguas sin haber tenido tiempo de profundizar en ninguna. ¿Te has fijado en que los

escritores más profundos (un Mauriac, por ejemplo) son personas apegadas al terruño, fieles a un mismo paisaje? Los verdaderos temperamentos enamorados también se calibran por su fidelidad. En vez de ir repitiendo, con mujercitas fáciles, las mismas experiencitas, prefieren la gran aventura de un amor total.

—Siempre y cuando encuentren, en el matrimonio, una pareja digna de la aventura.

—Por supuesto. Empecemos por la cuestión de elección inicial. No voy a insistir sobre el particular, puesto que parece haber resuelto hartos satisfactoriamente este problema. Reconozco, no obstante, que es delicado y de solución azarosa. Pero sobre todo me parece mal planteado, porque habitualmente se finge ignorar el aspecto sexual del asunto. Andamos enredados en una constante hipocresía. Y cuando se descubra que las cartas están mal barajadas, que la pareja finalmente está mal emparejada, no se destapará la ficción; se dirá: incompatibilidad de caracteres; cuando se trata, a todas luces, de una incompatibilidad de sexos. El matrimonio sólo saldrá bien si está correctamente armonizado sexualmente. Todo lo demás, fíjate, es secundario; por lo menos para aquellos que pretenden conseguir esa obra maestra erótica: el amor conyugal al ciento por ciento.

—¿Es decir?

—Es decir el matrimonio con dosis masivas de amor carnal. Uno de esos cócteles con mucho cuerpo: una base común de aspiraciones intelectuales y morales, un atisbo de prejuicios sociales compartidos, todo ello generosamente regado de sensualidad, con una brizna de locura.

—Un poco más, ¡y casi suprimís del todo la base intelectual y moral!

—¡De ningún modo! Es esencial, al contrario: el giroscopio imprescindible para la estabilidad de las parejas. Pero cuando llega la hora de los vientos del deseo, me gustaría que el marido y la mujer fueran capaces de olvidarlo todo para no atender más que a su

pasión; capaces de someterse a las más disparatadas sugerencias de sus sentidos, capaces de eliminar cualquier reticencia, cualquier pudor, con el afán único de diversificar y renovar su placer.

—Pero entonces, ¿qué diferencias hay entre la esposa legítima y la profesional del amor?

—¿Qué diferencias? Pues todas las que puedan haber entre la pasión y la venalidad, entre las inspiraciones del deseo y los gestos aprendidos, entre la ternura verdadera y la vulgaridad. Todo lo que media entre un cuerpo que sólo ha sido tuyo y un cuerpo que otros han mancillado; que tal vez hayan contaminado. Me encanta sumergirme en un lago de alta montaña: no lo hago sin repugnancia en una piscina pública.

—¡Vaya comparaciones!

—Literalmente exactas. Entre dos cónyuges jóvenes, enamorados uno del otro, evoco sin repugnancia una intimidad de labios y carne que me provocaría náuseas con una profesional del amor.

—Pero hay caricias que un marido no puede aceptar de su mujer.

—¿Por qué no, si por parte de ella se trata de un gesto de ternura espontánea; y si él, a su vez, tampoco tiene infidelidades conyugales ni antiguas taras que reprocharse? Esta última condición es, naturalmente, imprescindible. Salvo que estemos hablando de un granuja sin perdón de Dios. Por cierto, ¿tus estancias en Oriente...?

—Nada de nada. He vivido como un monje, un monje auténtico, de estricta observancia. Y en Francia, no tuve más que dos aventuras, muy sentimentales, por lo demás. Jamás he tocado a una prostituta. Por ese lado, estoy seguro de mí.

—Entonces, muchacho, en lo que a ternura conyugal se refiere, puedes permitirte y aceptarlo todo.

—Aun así os objetarán ese mínimo de deferencia que un marido le debe a su mujer y que le prohíbe determinadas familiaridades.

—¡Ah, sí!, la gran objeción de los confesores: la dignidad en el amor conyugal. ¡Qué siniestra hipocresía! ¿A santo de qué los moralistas cristianos, tan elocuentes defensores de la fidelidad en el matrimonio, han de convertirse en su propio enterrador? Eso es justamente lo que hacen cuando pretenden limitar los derechos del amor conyugal y restringirlo a la brevedad de un acto utilitario. Les gustaría que el tálamo nupcial fueran tan frío como una mesa de operaciones; y eso aun sabiendo que el amante decepcionado irá a buscar el calor en otros lechos más cálidos; con lo que se habrá acabado la fidelidad conyugal. Hablabas antes del respeto debido a la mujer legítima; sin embargo, convertirla en el receptáculo pasivo de una satisfacción bisemanal, ¿acaso no significa infligirle la peor afrenta? Y qué engaño tan lamentable el de los maridos estúpidamente infieles. Abandonan a sus mujeres para comprar sus placeres a unas prostitutas, sin sospechar que una esposa, iniciada en el amor carnal, puede ser una amante incomparable. Con tanta inventiva como las otras, pero más sincera, más apasionada y más sana.

—Pero ¿creéis que aceptará siempre ese papel de amante? ¿Que se someterá por completo a las exigencias del amor del esposo?

—Hay evidentemente casos imposibles: el de la mujer amorfa y tonta; aquél, más decepcionante, de la mujer demasiado hermosa, tan enamorada de su belleza que tiene miedo de echarla a perder. En todos los demás casos, la adhesión de la mujer a los ritos del amor depende únicamente del marido.

—¿Y qué ha de hacer para conseguirla?

—Exactamente lo contrario de lo que suele hacerse. Comprender que no es un animal en celo, legalmente autorizado a satisfacer sus deseos mediante la violación la misma noche de bodas. Tal vez llegue un día en el que el hombre cabal, en vez de enorgullecerse de la rapidez de esa violación, se sienta orgulloso de diferirla un poco; a partir de ese día, se iniciará una era de mayor

entendimiento en las parejas. Piensa un poco, muchacho, ¿te has parado a considerar lo que puede significar para una chica virgen esa noche de bodas? La ridícula desnudez de ese hombre hirsuto; la revelación brutal de la enormidad del sexo; la repugnante obligación de dejarse montar; el dolor de la violación; la gimnasia grotesca del deseo que se satisface. Muchas recién casadas, lo admito, aceptan esos horrores sin excesivos aspavientos. Las hay que ya están informadas; hay otras que han sido gratificadas por la naturaleza con tesoros de indiferencia bovina y de estupidez. Pero ¿qué le sucederá a la jovencita inteligente, sensible y virgen en todos los sentidos? O bien aceptará el amor carnal sólo como una tarea degradante, y su marido se hartará de ella; o bien, tras haberse replegado sobre sí misma, conocerá a un dulce iniciador, capaz de revelarles con delicadeza las maravillas de los sentidos, y el marido acabará engañado. En ambos casos, se producirá la disolución de la pareja.

—Pero, una vez más, ¿qué hacer?

—Tener paciencia, sencillamente. Saber gozar de esos placeres inefables: el descubrimiento progresivo del cuerpo de una jovencita, el despertar de su curiosidad por el cuerpo del varón, su lenta iniciación en los misterios de la carne. Todos estos placeres, por cierto, deberían pertenecer a los novios, pública y oficialmente.

—¡Qué ocurrencia!

—Que sí, jovencito, que sí. Y así sería si viviéramos en un mundo algo mejor hecho, en el que las madres fueran muy inteligentes y los chicos muy correctos. Pero en tu caso...

—Precisamente, ¿qué pasa en mi caso?

—Lo que haría falta sería compensar la brevedad del noviazgo prolongándolo secretamente más allá de la boda. Y sería algo muy hermoso, sutilmente muy placentero: ese hombre, dueño absoluto de una muchacha virgen, que sabe esperar...

»Hasta que llegue la hora en la que esta joven virgen, enamorada de la carne del varón, haíta de sus caricias y

loca de deseo, le grite por propia iniciativa: “¡Tómame!”. Entonces, dejará de producirse la lamentable discordancia de un deseo que se impone a una repugnancia y se alcanzará la sublime armonía de dos deseos impelidos por la fuerza del mismo diapasón.

—¿Y si la mujer no acaba de decidirse?

—Entonces es que el marido es torpe o ella una boba. Dos hipótesis que hay que descartar en tu caso.

II

La abuela de Thérèse había protestado; yo por mi parte me había empecinado: nadie ha de saber en qué lugar de veraneo pasaremos la luna de miel. Pero, como una comisión de investigación que recoge y revisa los talonarios de cheques, mi familia política ha ido coleccionando indicios: conjunto de playa encargado por Thérèse, preocupaciones caniculares desveladas por mi vestuario, características del automóvil que he adquirido. A partir de estos indicios ha nacido una leyenda que, propiciada por mis reticencias a medias, ha acabado cristalizando en certidumbre sobre el nombre de Juan-les-Pins.

Cosa de la que, por cierto, sacamos partido el día de la boda; pues los iniciados, sufriendo por nosotros ante la longitud del trayecto, nos incitan a no demorarnos en tomar la carretera. A las cuatro de la tarde ya estoy sentado al volante, con mi mujer y el equipaje a bordo. Una parentela indiscreta se coloca en fila junto al borde de la acera, odiosamente ruidosa en ese Passy casi desierto. Voces burlonas comentan mi arrancada; deseos socarrones me acompañan; para terminar, una última salva de consejos familiares: «¡No corráis demasiado!», «¡No conduzcas toda la noche!», «¡Pernoctad en Dijon!». Brotan las carcajadas, ya lejanas, que no dejan de irritarme; las acallo con un acelerón. Rugido del motor, alegría primitiva de la huida, en la que me llevo a la mujer conquistada.

A mi lado, Thérèse permanece silenciosa. La gorra blanca, que lleva ladeada, le da un falso aspecto de seguridad; y su nariz, ligeramente respingona, añade un leve toque provocativo. Sus rasgos, sin embargo, siguen

estando pensativos, algo tensos. Cuando me inclino, buscando su mirada, me responde con una sonrisa, pero la limpidez de sus ojos azules se nubla con una sombra de preocupación. Y pienso que, en efecto, estamos iniciando, como compañeros todavía indecisos uno y otro, una prueba delicada.

Thérèse es indudablemente novata, muy niña pese a su madurez mental; he comprendido (me lo confirmará más adelante) que ella ha eludido deliberadamente ciertas curiosidades. No ignora que el matrimonio consiste en una aproximación física, pero ¡lo poco que ha adivinado al respecto deja tanto margen de incertidumbre y desconocimiento! Solía repetirse con frecuencia: «Mi marido me lo explicará», y dejaba en manos del porvenir, actor lejano, la tarea de desentrañar el misterio carnal. Pero el porvenir ha llegado; tan próximo de súbito que el margen de incertidumbre parece haber crecido desmesuradamente. Y ahora que el marido está aquí, Thérèse no se atreve a preguntarle.

Es una ansiedad inexpresada, pero fácil de adivinar. ¿Voy a disiparla con alguna broma? ¿A reducir el misterio a las proporciones de una formalidad algo ridícula? Un instinto me advierte de que eso sería una soberana torpeza. Tal como la conozco, afectuosa y reflexiva, mi mujer aceptará el amor carnal como una religión de severos rituales, o bien se apartará de él como de una abyección. Temperamento ardiente, sin duda, apto para elevarse, mediante una lenta iniciación, hasta los placeres más sutiles, y a la vez alma delicada, que una palabra imprudente bastaría para sumir en una repugnancia hostil. Así pues, prefiero callar. Vuelven a mi mente los consejos de mi tío; comprendo mejor su profunda sabiduría.

*

¿Se tragó Thérèse, como todos los demás, el cuento de Juan-les-Pins? Para no tener que mentir a su madre, ha

preferido no preguntarme nada al respecto. Y ahora, absorta en unos problemas mucho más graves, poco parece preocuparle nuestro misterioso destino. Sin embargo, parece despertar de su sueño cuando el coche enfila el puente de Saint-Cloud:

—¿No se está usted equivocando de carretera?

—¡Paga una prenda! Por haberte olvidado de tutear al marido.

Sin mayor demora, cojo mi prenda en sus labios. Thérèse, ya del todo despierta, se zafa entre risas y me trata de conductor imprudente. Acto seguido, vuelve a lo que la preocupa:

—Pero ¡ésa no es la carretera de la Costa Azul!

—No, evidentemente.

—Entonces, ¿Juan-les-Pins?

—He dejado que corriera el rumor; pero estaba firmemente decidido a evitar que nuestro amor se cociera en la promiscuidad de esa bañera pública. Venga, adivina adonde vamos.

Pasa lista a las playas del Atlántico; las voy rechazando una tras otra, con un simple gesto, despreciativo y asqueado. Pero cuando se confiesa definitivamente incapaz de adivinar, proclamo triunfalmente la clave del enigma.

—Versalles, ¡Versalles de Mar!

A Thérèse le importan un ardite las playas de moda. Aun cuando lo variopinto y pintoresco de esos lugares le divierte un rato, como espectáculo bien montado, muy pronto se hastía de su mundanidad algo vulgar. No obstante, al oír el nombre de Versalles no puede ocultar su decepción.

—No es verdad —sugiere, con una sonrisa forzada que apenas atenúa su ceño fruncido.

—Ya lo creo que es verdad.

—Pero ¿por qué Versalles en esta época del año?

—¿Por qué Versalles? Primero, porque quería que nos encontráramos a cubierto de las incursiones de tu familia. Nos habrían seguido la pista en Juan-les-Pins, en

Deauville, en la cima del Mont-Blanc; Versailles, en cambio, en verano está demasiado lejos para ellos.

—Pero, cariño, debe de hacer una temperatura infernal.

—Al contrario, una temperatura paradisiaca, como la que protegió la desnudez enamorada de Adán y Eva.

Lamento en el acto haber dicho esa tontería prematura y me pongo enseguida a hablar de otra cosa:

—Ya sabes que a mí el calor no me asusta. Además, hay mucha sombra y con tu conjunto de playa...

—¡No me digas que me ves con mi conjunto de playa por los jardines del Gran Rey!

—No, por supuesto que no, cariño; pero sí en nuestro jardín particular.

—¿Tienes un jardín? ¿En Versailles?

—Un jardín de ensueño, cariño, un auténtico nido de amor: un inmenso parque, una mansión muy confortable y una gran cochera.

—¿Y el servicio?

—Como los kobolds de las leyendas alemanas, una pareja de ancianos jardineros cuidará discretamente de nosotros; y no saldrán para nada más de su casita, mientras no los llamemos con el timbre.

—Absolutamente encantador. Pero no comprendo.

—Pues es la mar de sencillo... como cualquier idea genial. ¿Sabes que Albert está destinado en el cuartel de Versailles?

—¿Pero no había presentado su renuncia, tras su excepcional herencia?

—De ningún modo. Sigue en el ejército. Competiciones de hípica y todo lo demás. Le encantan esas cosas.

—Así es más fiel que vos en el culto del dios Marte. ¡Vaya! Me ha salido un alejandrino. Pero continúa.

—En lo que a fidelidad al dios Marte se refiere, ¡menudo templito ha erigido a Venus! El prototipo del nidito de amor. Y como es un oficiante diligente, se dice que en sus altares no faltan las hermosas víctimas.

—¿Quieres añadirme a la lista?

—¡Ah! ¡No, qué horror! Pero el sacerdote de Marte y de Venus nos ofrece su morada. Nos instalamos en su casa.

—¿En esa casa de mala fama? ¡No es lo más indicado para una joven esposa!

—¿Prefieres entonces una habitación de hotel? Puedo mandar un telegrama desde aquí: «Deseamos para joven esposa habitación donde sólo se haya alojado pura doncella o premio de virtud. Rogamos aporten garantías o certificados».

Thérèse se echa a reír.

—A fin de cuentas —dice—, será una buena obra. Rehabilitaremos con nuestra unión legítima ese antro de perdición.

—Y erigiremos, pegadito al templo de Venus, un pequeño altar al Cupido de los buenos hogares.

—Con una olla y un plumero para precisar sus atribuciones. Hablando de hogares, ¿será lo bastante confortable tu horrible nido de amor? Me refiero para una estancia algo más prolongada.

—De lo mejorcito que existe en su género. Al hablar de nido de amor no te imagines un minúsculo entresuelo oscuro, como en los libros malos que Santa Pesada, tu abuela, te dejaba leer. Imagina más bien un parque bien cuidado...

—¿El Parque de los Ciervos?

—Si eso es lo que te enseñaban en tu licenciatura de historia, empiezo a dudar de la virtud de las supuestamente auténticas señoritas.

—Felizmente nos quedan los exquisitos modales de los supuestamente bien educados caballeros.

Me sonrío, duda unos instantes, y luego sonrojándose algo, añade:

—Si me hubieran preguntado qué es exactamente lo que hacía Luis el Bien Amado en su Parque de los Ciervos, habría sacado bastante mala nota. Más vale que estés prevenido.

—Ya me lo suponía, pero... te quiero. Pero volvamos a la casa de Albert. Así pues, decía: parque bien cuidado, mansión espaciosa, una habitación en cada uno de los cuatro puntos cardinales (se escoge según la estación del año), dos cuartos de baño y lo demás en sintonía.

—Pero en cuanto al amo y señor del lugar, ¿qué hace usted con él?

—¡Otra prenda!

Me niega los labios:

—Ahora no, conductor imprudente.

—¿Imprudente?

—Imprudente e impudente. Pero no se trata de eso. Quiero estar sola contigo, de lo contrario me vuelvo a casa de Santa Pesada, mi abuela, como dices con tanto respeto.

—¡Por lo visto es algo que harías encantada de la vida! Pero tu venerada abuela (que Dios la guarde muchos años) se quedará, ay, sin esa alegría. Pues el amo y señor del lugar es un modelo de discreción; se ha sentido obligado a aceptar una misión en África.

—¡Qué amable!

—¡Un grito espontáneo que conmovería a ese bueno de Albert!

Circulamos por una avenida muy tranquila, provinciana hasta lo indecible; torres modestas y grandes muros herméticos que sugieren conventos. Dos niños juegan a las canicas, un perro hace sus necesidades contra un hito kilométrico; parecen haber sido dispuestos allí adrede por un hábil escenógrafo, para acentuar la apacible soledad de ese paisaje suburbano. Detengo el automóvil ante un portón cerrado; pero sin duda nos han oído llegar desde lejos, en el silencio de la avenida desierta, pues el portón se abre de inmediato, descubriendo una alameda del parque, bastante larga y muy sombreada. En el fondo de ese túnel de verdor, la casa surge, insólitamente luminosa, con su fachada blanca adornada por unas persianas de color púrpura.

Y mientras mi familia política lamenta mi exceso de

velocidad en la carretera de Juan-les-Pins, circulamos lentamente por ese jardín versallesco; muy lentamente, como si temiéramos que la luminosa aparición, en el extremo de la alameda, se desvaneciera a medida que nos acercamos. Así como antes estaba algo intranquilo por las objeciones de mi mujer, me siento ahora absolutamente seguro con la feliz elección de nuestro lugar de destino. Muda de asombro, Thérèse se aprieta contra mí y, con un ademán donde la admiración se tiñe de un matiz de temor informulado, tiende hacia la casa las dos manos juntas.

Dejo a Thérèse al pie de la escalinata (mármol blanco y geranios rojos) y, mientras los jardineros se ocupan discretamente del equipaje, voy a guardar el coche. El garaje está muy cerca, pero me demoro deliberadamente en él, presa de una inquietud que me oprime el corazón y los riñones. Pues la contemplación de esta casa donde, desde hace semanas, localizo mis sueños de enamorado, acaba de disparar dentro de mí un desfile de imágenes eróticas enloquecedor. Y mi impaciencia sexual, adormecida por las preocupaciones protocolarias del día, acaba de despertarse bruscamente, sugiriéndome ya sus consejos perniciosos.

Todavía ayer temía el gesto, necesario pero brutal, que sellaría definitivamente mi unión con Thérèse. Era como una ansiedad física, que incesantemente se mezclaba con la trama de mis sueños; y cuando había conseguido estudiarla un momento, volvía, más punzante, a interponerse entre nuestros cuerpos que mi mente ya había unido. Los hay que considerarán este temor ridículo y poco viril; pero aquellos para quienes una muchacha es algo más que un par de pechos y unas nalgas me comprenderán.

En vez de difuminarse a medida que se acercaba la boda, esa sorda ansiedad se había ido precisando, por el contrario, a medida que valoraba mejor la delicada pureza de Thérèse. Y ahora hete aquí que se disipa, de golpe, con el llamamiento brusco de mi deseo; y los argumentos acuden en masa para justificar mi giro de

ciento ochenta grados. ¿Qué podría yo ganar difiriendo un acto que es el único capaz de darnos acceso a las dichas carnales? ¿Voy a ceder a un exceso mórbido de sentimentalismo, a ridiculizarme ante mis propios ojos no ejerciendo, desde esta misma noche, mis derechos de marido? ¿Y no vale más acaso, a costa de un breve sufrimiento para Thérèse, que me despierte mañana junto a un verdadero cuerpo de mujer, apto para satisfacer mi deseo y apaciguarlo? Un estremecimiento me recorre de arriba a abajo, al que responde una pulsión violenta del sexo. Mi pensamiento se concentra en una estrecha imagen de placer: la de mi carne, tiernamente aprisionada por una carne amada. Y ahora ya la violación previa ha perdido toda su importancia para mí: gesto rápido, insignificante en suma; dolor breve que prontamente se evapora con el ardor de un goce inmediato.

III

Thérèse me espera en el vestíbulo; me dice riendo:

—El equipaje ya está arriba, los jardineros se han esfumado. Así pues, señor, aquí me tenéis enteramente a vuestra merced.

Luego avanza hacia mí con los brazos extendidos, la mirada algo turbia; y de repente, se me tira al cuello, besándome apasionadamente en la boca.

Permanecemos largo rato así, de pie uno contra el otro, estrechamente enlazados. Los labios de Thérèse están ardientes y a veces temblorosos. A través de la tela ligera de su vestido de verano noto la doble provocación de sus pechos. Y con ambas manos, que he deslizado hasta las nalgas, la aprieto violentamente contra mí, aplastando bajo el calor de su vientre mi deseo exacerbado. Un vértigo alucinante me recorre la espalda y me sube hasta el cerebro; mi voluntad se desmenuza bajo una fuerza que me es como ajena y a la que me gustaría abandonarme, en la total desnudez de nuestros dos cuerpos. Pero Thérèse sólo piensa en nuestros labios, sin adivinar el temblor de mi sexo tan cerca de ella. Y me duele que la presión de mi deseo contra su vientre no la conmueva; me duele que no responda a ella con algún movimiento de la cadera que, pese a las ropas interpuestas, habría suavizado esta presión convirtiéndola en una caricia. Y debido a una de esas inconsecuencias tan corrientes en el amor, me irrito por la ingenuidad de mi mujer, por esa pureza misma que me había atraído hacia ella.

Al sentir que mis labios se separan de los suyos, Thérèse abre los ojos; en el asombro temeroso de su mirada, leo la bestialidad de mis propios rasgos. Pero ya

no es hora de bobos sentimentalismos ni de estúpidas compasiones. Bajo el latido precipitado de mis sienes, una única idea me domina: poner término a la tensión demasiado violenta de mi sexo, poseyendo a la hembra que me ha puesto en celo.

Sin dejarme conmovir por su mirada asustada, alzo a Thérèse del suelo y me la llevo. En un rincón del vestíbulo, hay un montón de cojines; tumbo a Thérèse encima de ellos, me tiro a su lado, y deslizo la mano por debajo de su falda. Trata de rechazarme; la inmovilizo, con una de mis piernas enlazando las suyas, mi torso aplastando sus pechos; y mi boca, pegada contra su boca, exhala furiosamente mi deseo:

—¡Te deseo!, ¡te deseo!

Ya mi mano alcanza, por encima de la media, el muslo desnudo. Pero Thérèse ha conseguido soltarse; se ha puesto en pie, con un sobresalto de animal acorralado, y, cogiéndome una muñeca, me clava desesperadamente las uñas. Nos miramos como debieron de mirarse, en los momentos salvajes de la guerra, un herido y el bruto que iba a rematarlo. Dos lágrimas asoman en los ojos de Thérèse; una súplica aflora en sus labios:

—No, eso no; te lo suplico.

Sosegado de repente, atraigo su cabeza contra mi hombro y le beso los ojos. Susurra:

—Creo que no te habría perdonado nunca.

Luego esconde el rostro en mi cuello y siento sus lágrimas cálidas que corren sobre mi piel. En la casa no hay más ruido que el del péndulo de reloj que reitera pesadamente los segundos; siento fluir materialmente entre mis dedos el tiempo que pasa, el tiempo ido para siempre de este día de mi boda, irremediabilmente echado a perder. Debe de haber mucha claridad aún en el jardín; pero el vestíbulo, tras sus postigos cerrados, está ya sin luz y estamos acurrucados en su rincón más oscuro, como dos niños abandonados. Pasan las horas; Thérèse ha dejado de llorar; sin embargo, su rostro sigue escondido contra mi cuello y a largos intervalos algunos sollozos

todavía la estremecen.

*

Mi deseo, tan acuciante antes, se ha sosegado del todo, indiferente a la mano que mi mujer, involuntariamente, ha deslizado entre mis piernas. Mortalmente triste (como cabe estarlo tras una derrota cuyo peso hay que asumir en solitario) valoro ahora, con amarga lucidez, mi gesto brutal. Y su lamentable vulgaridad me parece más lamentable todavía, cuando pienso en mis relaciones anteriores con Thérèse.

Pues esas relaciones, en cuanto a preparación carnal, han sido prácticamente nulas: tres semanas de compañerismo totalmente intelectual, dos años de correspondencia epistolar cada vez más tierna, pero siempre deferente, y quince días de noviazgo bajo estrecha vigilancia. Quince días durante los cuales, sin duda, nos hemos besado abundantemente, hasta el punto de dejamos los labios doloridos, para gran escándalo de nuestro entorno. Pero no eran más que besos demasiado rápidos, muy pronto interrumpidos; cualquier silencio algo prolongado ponía sobre aviso en efecto a la abuela de Thérèse, centinela al acecho en la habitación contigua. Nunca el contacto de nuestros labios duró lo suficiente, ni se produjo con el suficiente abandono como para que me atreviera a añadir la caricia de mi lengua; y si mis manos se perdieron por los pechos de Thérèse o rozaron la curva de sus caderas, sólo pudo ser de un modo furtivo, en la intimidad de una prenda entreabierta. Tal vez ni se percataba del entorno envolvente de estas caricias, absorta por completo por el contacto demasiado breve de nuestros labios. Sólo el pensamiento de la boda inminente me había ayudado a aceptar tales condiciones de nuestro noviazgo y a soportar la desconfianza que pesaba sobre nuestros actos.

Disponíamos por el contrario de la mayor libertad para escribimos y para hablar. Desde su puesto de

escucha, la centinela vigilante no podía distinguir nuestras palabras; le bastaba por lo demás con oír su mudo confuso y que ese raído no se interrumpiese. Y nosotros lo aprovechábamos para pasamos los días hablando, incluso hasta muy entrada la noche.

Nuestras conversaciones anteriores ya me habían desvelado el complejo psicológico de Thérèse: una mezcla de madurez intelectual y de espontaneidad juvenil, bajo las cuales se adivinaba un abundante potencial de sensualidad todavía adormecida. Pero las conversaciones más íntimas de nuestro noviazgo me han ilustrado sobre un punto que hasta entonces había permanecido en la penumbra: la absoluta inocencia de Thérèse, su total ignorancia de determinados detalles carnales. El conjunto —madurez e ignorancia— puede tal vez ser considerado paradójico, contradictorio cuando menos; pero describe un tipo de muchachas perfectamente homogéneo y más frecuente de lo que suele creerse. Un tipo que no tiene relación alguna con el de las chicas bobas de antaño.

Para aquéllas, el amor se reducía a una escala tontorrón de ñoñerías sentimentales. Para Thérèse, el matrimonio es otra cosa: un problema de colaboración intelectual y sentimental que comporta un aspecto carnal. Respecto a este problema, ella se ha trazado unos límites, prohibiéndose cruzarlos o darles demasiadas vueltas; sobre todo no ha querido prestarse a las confidencias a medias de las compañeras viciosas que, de antemano, en su opinión habrían mancillado el amor. Convencida de que cuando llegara la hora, aquel al que ella amara sabría iniciarla, totalmente, sin evasivas, ha conservado para él la virginidad de su mente, con tanto celo como la del cuerpo. La literatura contemporánea no es sin duda muy favorable a esta virginidad de la mente y Thérèse, desde hace ya algunos años, ha superado ampliamente el marco de las literaturas clásicas; pero pedía consejo y evitaba instintivamente determinadas lecturas. Igual que esos muchachos que, disponiendo de total libertad, pero preocupados por su higiene sexual, saben huir la

contaminación de determinadas mujeres.

¿Sería esta ausencia deliberada de curiosidad malsana, en Thérèse, el indicio de alguna deficiencia sexual? Yo no tenía ningún temor al respecto. Desde nuestras primeras conversaciones, me había burlado de la pasión que ponía en todo lo que alguna vez la había interesado: estudios, lecturas, música, tenis, muñecas incluso, que seguía mimando a hurtadillas, y hasta el viejo perro que durante mucho tiempo ella había convertido en el discreto confidente de sus penas. Las conclusiones que había extraído de todo eso me fueron confirmadas muy pronto por otros detalles más sintomáticos: la profundidad de determinadas miradas, la involuntaria lascivia que se desprendía a veces de su cuerpo adorablemente ágil, aquellas entonaciones más graves de su voz; y durante nuestro noviazgo, la rápida aceleración de su pulso bajo un beso algo prolongado. Pero su temperamento seguía, como sus curiosidades intelectuales, más acá de la zona de las preocupaciones carnales.

Todas esas particularidades, yo las conocía. Incluso habían adquirido más relieve desde que las examinaba desde esa perspectiva, nueva para mí, que me había revelado mi tío. Y así como en un principio había recusado sus teorías sexuales, al considerar sus conclusiones exageradas y ridículas, no había tardado en comprender su sabiduría, generadora de placeres más profundos. Se adaptaban por lo demás exactamente al temperamento de Thérèse; subrayaban sus potencialidades y su peligro a la vez.

Las potencialidades de un temperamento semejante consisten a la vez en su riqueza, su diversidad, su aceptación asegurada del amor carnal más libremente ardiente, por lo menos si se sabe diferir la hora de la posesión total; asimismo significan —a costa de una restricción de pocos días impuesta a mis sentidos— la certidumbre de encontrar en ella a la amante ideal, ardiente, inspiradora, delicada e inventiva de nuestro amor. El peligro, por el contrario, estriba a la vez en su

orgullo y en su hipersensibilidad de muchacha que deliberadamente ha permanecido pura; en la perfección misma de su temperamento, de una complejidad demasiado delicada como para soportar sin daños una iniciación torpe.

Inteligente como es, capaz de comprender una alusión con palabras veladas, si deliberadamente ha ignorado determinados aspectos físicos del amor no será evidentemente porque éstos le hayan sido revelados de forma vulgar por algún ilota borracho, incapaz de dominar sus instintos. Sin embargo, yo mismo he sido ese ser en celo, objeto de terror y de repugnancia para la mujer a la que ama; y estoy alelado ahora ante el lamentable fracaso de mis sueños.

*

He adivinado que declinaba el día por el piar más agudo de los pájaros; estrépito de un dormitorio inmenso donde unos niños se pelean. Pero hace ya mucho que enmudecieron. En el rincón donde seguimos varados, la oscuridad es opaca; hace mucho calor. La piel de Thérèse desprende una humedad que me perturba; tomo dulcemente su mano, para alejarla del sordo despertar de mi deseo. Se pone en pie, busca mi rostro a tientas, me roza los labios con su beso apresurado. Y con una voz que ella desearía risueña, pero que se estremece todavía:

—¡Qué mazmorra más horrible! Has debido de equivocarte de casa, pobrecito mío. Ésta es la del mismísimo Gilíes de Rais. Debe de estar espiándonos desde allá, en la penumbra, con su espantosa barba azul.

Se pega contra mí, fingiendo que tiembla de miedo.

Luego, sin venir a cuento:

—¿Me has encontrado estúpida antes?

—Cariñito de mi vida, no hablemos más de ello. Imagina que estabas durmiendo; no ha sido más que una pesadilla horrible. Pero ahora ya no tienes miedo, ¿verdad que no, pequeña mía? De todos modos, ya has

visto que, pese a todo, te obedecía. Perdóname, te lo suplico.

—Habéis sido muy malo, en efecto; erais vos el malo Barbazul. Pero os quiero demasiado como para guardaros rencor por ello.

—Compréndelo, cariño, llevo meses, allá lejos, tan solo, pensando en ti, sólo en ti. Y el deseo de una mujer a la que se ama demasiado, poco a poco se va volviendo como el sofoco que se apodera del náufrago que se ahoga; entonces uno se agarra salvajemente a aquella que surge al fin para liberarte de esa ansiedad, sin pensar que puede hacérsele daño y... ¡estropearlo todo!

—¿Me amas tan locamente, amor mío?

—¡Sí, ya lo creo! Me cogen por momentos como unos grandes vértigos de locura. Pero no temas más: lamento con demasiada amargura mi brutalidad como para estar dispuesto a volver a empezar. Y ahora... ¡vamos a cenar y a pensar en otra cosa!

*

Andamos trastabillando un momento en la oscuridad, tropezando con algunos muebles, a la búsqueda de un interruptor. Con un choque cruel, la luz nos ciega, y nos asombramos al ver nuestros rostros deshechos.

Conduzco a Thérèse al primer piso y le enseño su habitación. Sólo tengo ojos para el lecho; muy bajo, muy amplio, tan largo como ancho, que emerge de un amasijo* de pieles blancas esparcidas por el piso. Reprimo mis turbias ocurrencias.

—¿Vamos a dormir ahí los dos? —pregunta Thérèse sin atreverse a mirarme a la cara.

—De ninguna manera; ésta es la habitación de la señora. Yo... hasta nueva orden, dormiré en la habitación contigua.

Abro la puerta que comunica ambas habitaciones.

—Es muy confortable, como puedes apreciar; y también dispongo de mi propio cuarto de baño, para mí

solito.

Thérèse me dirige una insistente mirada afectuosa, pero algo triste.

—Escúchame —dice. Luego calla y suspira.

Me parece caritativo desviar la conversación.

—No voy a oír nada más, querida señora. ¿Sabe usted que son casi las diez? Nos aseamos un poco y bajamos a cenar. Tengo tanta hambre, que podría devoraros.

—¡Aquí estoy, para servirlos, querido señor!

—¡Anda ya, tentadora!

Con un apresuramiento que la hace reír, huyo de la tentación. Pero a través de la puerta cerrada, su voz me sigue persiguiendo:

—Estás loco de atar, pero te quiero mucho.

IV

Como soy el primero en bajar al comedor, dispongo nuestros víveres sobre la mesa: una cena fría más que presentable que he traído de París; y champaña, casi helado, en su punto, en su heladera. Unos claveles rojos, que dormían en un jarrón, los distribuyo por el mantel, donde su color parece despertar de repente. Luego me siento, esperando a Thérèse, que se ha demorado un poco. Estoy ligeramente ido, pero nada intranquilo; incluso más bien algo humillado por el sopor total de mis sentidos.

Thérèse hace una entrada deslumbrante. Con sus trenzas rubias enrolladas alrededor de la cabeza se ha hecho una especie de diadema; diríase que es alguna Gran Duquesa exótica. Está realmente muy hermosa en la blancura de su vestido escotado. He reconocido que es el mismo que llevaba el día que nos prometimos. ¿Lo ha hecho a propósito? ¿Pretenderá sugerirme ocurrencias de un novio todavía un poco tímido? Esa llamada al orden no resulta del todo de mi agrado; pero, a la que mi mujer despega los labios, me arrepiento de la vileza de mis sospechas.

—¿Recuerdas, cariño, cuánto te gustaba este vestido? Era el día de tu llegada, por fin volvías a mí de ese lejano Oriente, y para mí era como un verdadero día de boda. He querido ponérmelo otra vez hoy, para que me quieras tanto como cuando volviste.

Se lo agradezco con una mirada de admiración; pero mi silencio la preocupa.

Sin embargo ya se aviva mi deseo ante la resplandeciente desnudez de su escote y de sus hombros; y no me atrevo a besarla, temeroso aún de mis peligrosos reflejos de esta tarde.

—Todavía no, cariño; déjame acostumbrarme primero a verte así.

—Pero si ya me viste así, hace quince días.

—¡Pero con otros ojos!

—¿Me quieres ya menos?

—¡Mala! Ahora en serio, cariño, si a veces te parezco raro, difícil de entender, dite sencillamente que te quiero demasiado y que... que lo estoy pasando mal, mientras no seas del todo mi mujer.

Thérèse se sienta a la mesa sin responder. Despliega una gran actividad con aires exquisitos de marquesa remilgada y trata de hacerme reír. Pero no consigo sintonizar con ella y la irritación que esto me produce contra mí mismo no hace más que aumentar mi malestar; ¿acaso voy a estar siempre vacilando entre la brutalidad y el malhumor? Las travesuras de Thérèse chirrían y se estrellan contra mi silencio; como un mago novato, intimidado por la indiferencia de un público aburrido, se desanima enseguida. Y, dejando a un lado su juego, se me queda mirando.

—Cariño, quisiera decirte algo; pero has de prometerme que no abusarás de ello.

Asiento con una inclinación de cabeza.

—¿Prometido? Pues bien, quería confesarte que..., de lo de antes, no lamento nada, ningún gesto tuyo. Has sido desde entonces, para mí, de una delicadeza exquisita. Creo, sin embargo, que no lo sabría valorar tanto si no te hubiera visto tan... en fin como en el momento de nuestra llegada. Y más adelante, cuando comprenda mejor todas las cosas, me parece que me gustará ese recuerdo; que me gustará verte otra vez tan enloquecido, tan curiosamente enloquecido, como en nuestro primer momento de soledad.

—Sí, más adelante. Pero por el momento, preferiría que no pensaras más en ello.

—¡Oh, no! Por el contrario, quiero pensar en ello, y todo el tiempo, para sentir mejor lo mucho que te quiero.

Reflexiona, y luego, como hablando para sí, agrega:

—Porque te quiero tanto más, ahora ya, que antes de que llegáramos aquí.

Ha pronunciado estas últimas palabras con voz apagada. Parecen una afirmación que su instinto no ha sabido contener, pero que su razón desaprueba. Sin embargo, ese conflicto mismo hace que la confesión me resulte más valiosa; en la prueba que me he impuesto para que mi mujer en cuerpo y alma, acepte los ritos, tengo la impresión de que ya su cuerpo se siente cómplice de mis sentidos. He prometido no abusar de su confesión; pero indiferente a mi promesa, como un ser ajeno a mí mismo, mi sexo se yergue hacia la posibilidad de una posesión inmediata. ¿No tengo acaso el perdón asegurado de antemano, sugerido incluso? Cierro un instante los ojos para paladear mejor la imagen evocada por mi deseo: el contacto íntimo de mi carne impaciente dentro de su carne conquistada.

Cuando dirijo nuevamente mi mirada hacia ella, Thérèse me sonrío, con una sonrisa muy tierna: aun así, como si hubiera sospechado mi traición mental, en sus ojos aparece una nube de tristeza. Entonces, de lo mejor de mí mismo suben hacia ella un acto silencioso de humildad y una muda reiteración de lealtad. Le he dicho no a mi deseo indómito; estoy seguro de dominarlo, porque he sentido a Thérèse tan débil, que la creo dispuesta a condescender a cualquier cosa. Ahora no sólo voy a tener que luchar contra mí mismo, sino contra nuestros dos instintos ya confabulados. Pero, fortalecido por toda la esperanza que nace de su complicidad, sabré reprimir su ciega impaciencia. Hasta que llegue la hora en la que, con plena conciencia de su deseo, mi mujer se entregará voluntariamente a mí.

Diluyendo la imposición que pesaba sobre nosotros, la confesión de Thérèse suena ahora en mi corazón como un canto de victoria. ¡Alegría, por recuperar la confianza en mí, alegría, ante el porvenir otra vez luminoso! Thérèse lee esta alegría en mis ojos. Coge uno de los claveles rojos, grita: ¡«Ready!»!, y tras haber besado la flor, me la

tira en pleno rostro. La cena concluye en una atmósfera de entusiasmo que un instante antes ciertamente no habría esperado.

*

Con mil ceremonias bufas, Thérèse me ha llevado a una butaca donde me obliga a sentarme, mientras va a ocuparse de quitar la mesa. Basta con que coloque los platos y cubiertos de nuestra frugal cena en un tomo (como el de los conventos), donde alguien se ocupará de ellos desde fuera, sin perturbar nuestra soledad. Pues el amo y señor del lugar ha pensado en todos los refinamientos de la intimidad; y podríamos pasearnos desnudos, del sótano al desván, a cubierto de cualquier sorpresa indiscreta.

Me divierto un instante imaginándonos de este modo, sin ninguna ocurrencia lúbrica por lo demás; invoco más que nada el bienestar de esa desnudez en una velada tan calurosa, como la de esta noche. Pero me guardo para mí este sueño inocente. Mi mujer no es aficionada a este tipo de humor ni lo será jamás. Tras muchos meses de matrimonio, cuando hayamos saboreado todas las formas del placer y nos hayamos sometido a todas las sugerencias de una imaginación desenfrenada, seguirá sintiéndose ofendida por una broma osada o un gesto vulgar. Sacerdotisa apasionada de nuestro placer carnal, capaz de vencer cualquier pudor en la embriaguez de los sentidos, no admitirá por el contrario las bromas sacrílegas, ni esas indecencias inútiles, que profanan el amor sin incrementar el placer.

Mientras quita la mesa, Thérèse vuelve a las travesuras. Ya ha dejado de ser una marquesa en su nidito de amor; ahora se ha convertido en una criada desvergonzada, que desatiende las tareas domésticas para correr cuanto antes al encuentro de su enamorado. Después, viene hacia mí, reclamando un beso por su pantomima, y se sienta en mis rodillas. Bajo la cálida

presión de su muslo, muy próximo a través de la finura de las telas, mi carne se hincha de deseo; y a sus sordas pulsaciones responde un latido acelerado de mis sienes. Con el brazo izquierdo doblado, brindo a Thérèse un apoyo; con la otra mano, aprieto sus piernas contra mí, para evitar que esa mano, escapando a mi voluntad, vaya a manosear sus pechos, tan increíblemente accesibles bajo el vestido escotado.

Thérèse se ha abalanzado sobre mi boca, aplastándome los labios con un beso apasionado; entonces presiono mi lengua contra los suyos. Resisten un instante, incluso retroceden un poco; pero de repente se entornan, haciendo una aspiración ardiente, como si bebieran de una fuente desconocida, pero esperada con impaciencia. Y mientras acaricio lentamente con mi lengua esos labios ofrecidos, Thérèse permanece petrificada en una inmovilidad total, respirando apenas, toda ella tensa de voluptuosa atención. Sin embargo, semejante a esas olas de fondo que de golpe perturban la calma aparente del mar, un gran escalofrío la hace estremecer, pues mi caricia, separando sus labios, se ha vuelto más activa, más insistente. Luego nuevamente, Thérèse se abandona, casi desfallecida, como si toda la vida en su ser se refugiara en la aceptación de una suavidad insospechada.

Cuando, mucho después, interrumpo esta caricia, a su vez su lengua avanza, perfilando lentamente el dibujo de mis labios, humedeciéndolos, penetrándolos. Y muy pronto, sobre el tema doble que hemos planteado de este modo, efectuamos mil variaciones alternadas. Y nuestros labios nos tienden trampas, rechazando un instante la lengua que se ofrece, para cogerla justo después, aprisionarla y robarle toda su saliva. Un reloj da las horas; sería incapaz de contarlas. ¿Qué me importa, a mí, la hora? El tiempo se ha vuelto como una niebla inconsistente. Pero nuevamente un estremecimiento recorre a mi amada; abre los ojos y me rechaza dulcemente:

—Amor mío querido, no puedo más; tu mujer está

destrozada.

Para hurtar su boca a mis caricias, la apoya contra mi cuello; pero sus labios me rozan con besos furtivos. Cuando levanta la cabeza, parece sosegada y me sonrío:

—Me habría gustado abandonarme eternamente a la ternura; pero creo, de verdad, que habría acabado por perder el sentido. Es como una disociación de todo mi cuerpo. No te puedes imaginar en qué estado me pones.

Lo sé demasiado bien, ¡ay! La conozco, es la ansiedad del instinto, de su propio instinto, más consciente que ella de nuestro deseo. Pero es demasiado pronto todavía; permanezco en silencio.

—¿No estarás enfadado, cariñito mío? Eres mi señor todopoderoso y quisiera, quisiera tan intensamente, ser totalmente tu esclava. Pero, a pesar mío...

Al parecer cohibida por mi mirada, atrae mi cabeza junto a ella y apoya su mejilla contra mis ojos.

—Sí, a pesar mío, sigo teniendo un poco de miedo.

—¿He vuelto a cometer alguna torpeza? ¿Estás dolida?

—¡Oh, no! Estoy por el contrario agradablemente sorprendida. Algo asombrada, incluso, de que un vértigo semejante, tan dulce, inefablemente dulce, pueda comprarse sin dolor. Pero ya sé que tarde o temprano me harás daño; que tienes que hacerme daño.

—Te han metido el miedo en el cuerpo inútilmente, cariñito mío.

—No tengo miedo por mí. Cuando estoy en el estado en el que me has puesto antes, ¡podrías hacer conmigo lo que quisieras! Pero es nuestro amor lo que me angustia. Temo el momento en el que el hombre infinitamente tierno y delicado que eres esta noche, tenga que aparecérseme más violento, y... ¿cómo decirlo...?

—Dilo sin miedo.

—Un poco animal tal vez. Pero compréndeme bien: te lo acabo de confesar, ahora te perdonaría cualquier cosa. Pero me gustaría primero saciarme de tu ternura, hasta el punto de no tenerte siquiera que perdonar; hasta el punto de aceptarlo todo sin sublevarme, porque habré perdido

toda mi voluntad bajo tus caricias.

Permanecemos un instante en silencio, luego prosigue:

—Debo de parecerte estúpidamente complicada, pobre cariñito mío. Tal vez haya sido un error haber seguido ignorando deliberadamente demasiadas cosas. Pero le daba tanta importancia a todos estos misterios; he deseado tanto iniciarme en ellos en estado de gracia.

—Yo también le doy mucha importancia, cielo mío; incluso más conscientemente, aunque desde una perspectiva diferente. Más adelante te diré lo mucho que he deseado tu cuerpo, allá, en mi lejano exilio. Pero también quería tu alma profunda, tu inteligencia, tu seriedad, porque para mí representaban una especie de prenda de un amor más pleno, porque... Es difícil de explicar, tengo miedo de herir tu delicadeza.

—¡Oh, no, habla, habla! ¿No soy tu mujer, tu mujer que te quiere? ¿Qué querías decir?

—Que de antemano, tu propia inteligencia, tu alma mística me aportaban una promesa de placer; de placer carnal. Hallaba en ellas la Certidumbre de una intimidad más ardiente de nuestra carne, porque se alimentaría de todos los recursos de tu alma, tanto como de los instintos de tu cuerpo. Y no obstante, te había comprendido mal.

—¿Tú?

—No supe ver que toda esta perfección que amo en ti es una planta delicada. No había comprendido de cuánta cálida y paciente ternura habría que rodearla para llevarla a su floración plena; para que brotara la intensa pasión de la que te sabía capaz. Ha sido necesario que otra persona me abriera los ojos; te hablaré de ella. Desde entonces, por el contrario, he reflexionado, y me he jurado... Pero no me creerás, tras el incalificable incidente de esta tarde.

—Vamos, cariño, te lo repito, aún te quiero más por ello. Y además, lo sabes perfectamente, tengo una fe absoluta en tu lealtad, aun cuando a veces se deje vencer por esa locura... por esa locura que no eres tú, y que tal vez algún día sea lo que más quiera de ti.

—Lo que me había jurado (y creo, pese a todo, que tendré fuerzas para ello) es esperar hasta el momento en el que, con tu pleno consentimiento, deliberadamente, te entregues. Y ahora me gustaría que dejaras de temer por ti, y por nuestro amor, al saber que sólo de ti depende la hora de nuestra unión total.

V

Ha dejado que su cabeza se apoye sobre mi hombro y ha repetido varias veces:

—Te quiero, te quiero...

Luego, cogiéndome la mano, que descansa sobre sus rodillas, la va subiendo dulcemente, deslizándola a lo largo del vestido, y la apoya contra su pecho. Bajo la tela que la ciñe con toda exactitud, noto la perfecta redondez de un pecho; dos de mis dedos se apoyan directamente sobre la piel desnuda, en el escote del vestido. ¿He comprendido el gesto de mi mujer? ¿Se trata de un mero reflejo de ternura, o de una invitación consciente a unas caricias más íntimas? No me atrevo a zanjar, por temor a ceder con demasiada facilidad a la oleada de calor que de mi sexo erguido sube a mi cerebro. Sin embargo, Thérèse arquea el tronco; su busto se alza hacia mí, completando su gesto de ternura con un gesto de indudable ofrenda. Entonces, con la mano algo temblorosa, le bajo el vestido.

La curva naciente del pecho se va precisando, de una pureza admirable. Y la blancura inmaculada de este descubrimiento me llena de asombro. Una blancura más turbadora aún por contraste con el escote y los brazos, que el sol ha bronceado. El vestido se desliza, muy lentamente, pese a la impaciencia que me cuesta reprimir; pero ya, una aureola más oscura anuncia el pezón, muy próximo. Aplastado por el vestido que cae, al principio da la impresión de que se esconde; luego, de golpe, queda libre, diminuto, pero provocativo, en la proyección de su rosada firmeza. Miro intensamente esta carne delicada, que parece concentrar toda la feminidad de Thérèse; y mi placer se vuelve mayor aún cuando pienso que este pezón, tan carnal, tan turgente de viva animalidad,

pertenece a un ser inteligente y puro.

Sin embargo, abstraído por completo en mi contemplación, me quedo inmóvil y a mi mano se le olvida hacer que el vestido siga deslizándose. Thérèse levanta la cabeza, parpadea bajo la luz que la ciega y mira un instante su pecho medio desnudo; parece a su vez asombrada por su blancura. Luego, bruscamente, lo esconde con las manos y, con una voccecita de niña, traviesa y suplicante a la vez:

—Me da un poco de vergüenza, cariño; la luz es tan cruda, aquí.

Sin decir palabra, la cojo entre mis brazos y la llevo a la habitación contigua.

*

Esta habitación, un salón rococó de un gusto algo dudoso pero confortable, sólo está iluminada por una lámpara; una pantalla azul que deja pasar un poco de luz. Tras depositar a Thérèse en una butaca, me arrodillo sobre la alfombra, junto a ella. Me siento inseguro, ligeramente exasperado. ¿Acaso voy a estrellarme siempre contra ese pudor asustadizo? Pero sin más demora, mi mujer se baja los tirantes del vestido; luego lo hace resbalar, con un movimiento precioso y elástico, desnudando por completo el busto, hasta la cintura. Ha cerrado los ojos y, apoyando la cabeza contra el respaldo, tiende sus pechos hacia mí.

En el ámbito de la estética pura, incluso para un observador imparcial no tributario de la excesivamente parcial admiración del deseo, no se me ocurre nada más armoniosamente hermoso que un busto de mujer exactamente proporcionado. Milagro de la naturaleza, tanto más conmovedor cuanto que es muy infrecuente, y es una maravilla única entre tantos esbozos fallidos. A medida que mis ojos se van acostumbrando a la penumbra de la habitación, el relieve de este busto parece perfilarse mejor, afirmando la pureza de sus formas.

Geometría delicada y perturbadora: sus curvas sólo pueden integrarse en una voluptuosidad indefinible, pero su simetría exacta parece una concesión a las exigencias de la razón. Altos, pero no exageradamente, los senos de Thérèse son muy firmes en su plenitud; ningún pliegue disonante rompe la línea armoniosa que va del pecho a la cintura. Tal vez sean algo menos voluminosos de lo que mandan las estrictas reglas canónicas, pero precisamente por ello parecen más jóvenes y atractivos.

Thérèse se estira, suspirando, impaciente sin duda por mi contemplación que la priva de caricias. Las dos puntas de carne púrpura se yerguen, lanzando hacia mí su llamada más alucinante; y mis manos, temerosas hasta entonces, obedecen a esa llamada. Al notar el contacto de mis dedos sobre su piel, Thérèse se estremece; una vibración que se prolonga en ardientes ondulaciones hasta mis riñones y se exaspera en una tensión casi dolorosa de mi deseo. Entonces el ritmo de mis caricias se acelera.

Ora, aplicando ambas manos contra la cintura desnuda de mi mujer, las voy subiendo lentamente; y las deslizo con la misma presión sobre el pecho, que cede un instante y luego recupera la perfección de su torneado. Ora, cogiéndola por ambos lados, me divierto juntando y separando alternativamente los dos pechos; y el hueco que los separa dibuja según mi capricho o bien un pliegue de carne estrecho y turbador, o bien un valle más amplio y más casto. En otros momentos, dejo que mis manos se paseen rozando apenas la imperceptible pelusilla de la epidermis; pero cuando pasan por encima de la doble cumbre del pecho, tropiezan con las puntitas de carne rebeldes, cuya turbación se propaga con un estremecimiento de todo el cuerpo. También excito los senos con miles de tocamientos rápidos de mis dedos que se multiplican; luego, cogiendo la puntita rosa entre el pulgar y el índice, la aplasto muy suavemente; como si fuera una baya minúscula cuyo jugo tratara de exprimir, pero con miedo de hacerle daño.

Y bajo la mayor impaciencia de mis caricias, los senos se ponen tiesos, parecen cada vez más ávidos de placer.

Me dice en voz baja:

—Bésame, cariño.

Dócil a su petición, paso ambos brazos alrededor de su cintura desnuda y acerco mis labios a los suyos. Pero me niega su boca.

—No, cariño, así no.

Vacilo todavía en comprenderla, por temor a no ceder más que a mi propio deseo. Entonces, con un gesto imperioso, casi violento, me coge la nuca e inclina mi cabeza hacia su pecho mientras que con la otra mano, proyectando hacia delante uno de los senos, lo estira hacia mi boca. Bajo mi aliento ya muy cercano, el busto se arquea más aún. Sin embargo, en vez de morder la preciosa fruta que se ofrece a mis labios, sólo rozo el pezón con la punta de la lengua. Thérèse sofoca un grito de sorpresa que primero me hace dar marcha atrás; pero susurra:

—¡Más! ¡Más!

Y estas palabras precipitan sobre su pecho la loca avalancha de mis caricias; unas caricias múltiples con la lengua y con los labios, más variadas, más embriagadoras que las de las manos.

Estoy de rodillas a la derecha de mi mujer, y me percato de repente de que mi posición es incómoda; es demasiado lateral en efecto para permitirme dosificar, en partes exactamente iguales, la contribución de mi ternura a sus pechos. ¿Resulta realmente tan esencial este reparto riguroso?, ¿o será más bien un pretexto inspirado por mi deseo? En cualquier caso, me levanto y vuelvo a arrodillarme delante de Thérèse, entre sus rodillas, que he apartado. Y luego reanudo la fiesta interrumpida, cosquilleando alternativamente las dos puntitas rosas con la punta de mi lengua o chupándolas entre los labios; o bien lamo con avidez todo el pecho, dando grandes lengüetazos, cuyas huellas húmedas se cruzan y se solapan. Y a veces, me introduzco casi todo el pecho

dentro de la boca, aspirándolo con glotonería, hasta que Thérèse me rechaza.

—Me haces daño, loco mío.

Bajo la presión de mis caderas sus piernas inconscientemente se van separando. La falda de su vestido, que se ha ido subiendo poco a poco, deja primero al descubierto una rodilla envuelta en seda, y luego, de repente, por encima de la media, la blancura del muslo. Cierro los ojos, tratando de escapar a esta tentación imprevista.

Sin embargo, una palabra, que dijo durante la cena, me vuelve al recuerdo. Yo había expresado el temor de que ese vestido, de lamé plateado, fuera demasiado pesado, ya que era una noche muy calurosa. Y Thérèse me había respondido: «Pero no llevo nada, absolutamente nada, debajo». Y ahora mi imaginación se achispa con esa respuesta, se complace siguiendo, bajo el vestido, la desnudez de los muslos, hasta el cálido nido de amor, tan cercano que la separación de las piernas entorna. Un vértigo se apodera de mí; bajo el tejido que lo aprisiona y que se pega a la carne, mi sexo se tensa loco de ansiedad, y para escapar a esa ansiedad, me desabrocho la ropa, poniendo mi deseo al desnudo.

Con la cabeza echada hacia atrás, y el cuerpo excitado por las mil caricias de mis labios y de mi lengua, mi mujer no puede haberse dado cuenta de mi gesto; hago esfuerzos por lo demás para contener los estremecimientos de mi sexo liberado, por temor a que al entrar en contacto con los muslos desnudos bajo el vestido, despierten la atención de Thérèse. Pero mi pensamiento ya se está concentrando, con voluptuosa ansiedad, en las consecuencias inevitables de mi imprudencia. Esas consecuencias, las veo con toda lucidez; las acepto, sin compasión por el demasiado confiado abandono de mi mujer, sin preocuparme por lo que he prometido. Tengo conciencia de mi mala fe; calibro el vergonzoso contraste entre la ternura con la que embriago a Thérèse, para desarmar mejor su

desconfianza, y el cruel desgarró con el que se satisfará mi deseo; imagino por adelantado un rito doloroso, una mirada de asombro penoso.

Pero he esperado demasiado, no resisto más y, cobardemente, cuento con el perdón prometido de antemano.

El latido de mis sienes se precipita y me aturde, vaciando mi mente de cualquier pensamiento; sólo subsisten en ella la visión encendida de una carne húmeda y sin defensa, y las pulsaciones de mi deseo que tiende hacia esa carne. Me enderezo con un movimiento instintivo que hace que mis labios se pongan a la altura de la boca de Thérèse, pero que sobre todo pretende colocar mi sexo a la altura exacta del suyo. Con los dos brazos, que siguen rodeando su cintura desnuda, atraigo lentamente a mi mujer hacia mí; y ya mi carne, vibrante de codicia, roza el rubio musgo que aureola la carne esperada. Entonces, loco de impaciencia, cojo el vestido para subirlo del todo. Thérèse se sobresalta, adelanta la mano para retener la mía, luego renuncia:

—Cariño, cariño mío, soy tuya. Pero piensa en tu promesa.

La suavidad resignada de su voz, más aún que sus propias palabras, me arranca del hechizo del deseo. Con un breve destello, como tras una caída, recupero la conciencia de mis actos. Permanezco un instante todavía inclinado sobre Thérèse, mi boca contra la suya; pues quiero inmovilizar su cabeza contra el respaldo e impedir que me vea, mientras recompongo la indecencia de mi aspecto.

Pero la vulgaridad trivial del gesto acentúa lo grotesco de mi situación. Me enojo contra mí mismo por esta abdicación de mi virilidad; abdicación estúpida, ante una chiquilla que se niega bobamente, cuando tengo el derecho legal a poseerla. Me enojo sobre todo con Thérèse por, una vez más, haber castrado mi deseo. Y cuando levanta la cabeza, buscando mi mirada, le extraña encontrarla tan llena de hostilidad. Me sonrío tristemente;

luego sigue con la mirada su pecho desnudo, sus piernas que mantengo separadas, el vestido subido que pone al descubierto el muslo. No hace ningún gesto sin embargo para ocultar su desnudez y, en vez de rechazarme, me atrae contra ella, hundiéndome el rostro en el valle que separa sus pechos y apretándomelo apasionadamente. Se me escapa un sollozo, un sollozo de despecho, de remordimiento, de ternura también; pero las lágrimas me aplacan, relajándose los nervios; y me abandono a la dulce puerilidad de dejarme consolar.

Yo mismo le he bajado el vestido, tras un beso furtivo en la piel húmeda del muslo desnudo; yo mismo he tapado los senos hermosos de mi bien amada, con amorosas precauciones, para no herir sus frágiles pezones rosados. Luego subimos a nuestras habitaciones, estrechamente enlazados. La ventana abierta del descansillo se ilumina ya con una fosforescencia que anuncia el fin próximo de la noche.

Thérèse, apoyada contra mi hombro, me habla en voz baja, pegadita al oído:

—Has sido infinitamente tierno, deliciosamente indulgente, cariño mío. Pero no estés decepcionado, te lo suplico, por esta primera noche de bodas. Ha estado para mí tan llena de amor, que ha sido mucho más hermosa, mucho más desbordante de placer que todos mis sueños. ¿Acaso no ves lo temblorosa que todavía estoy de tus caricias, y lo locamente enamorada de ti? Sé decir estas cosas muy mal. Pero dentro de poco quiero agradecértelo con la entrega total de mi cuerpo.

En el umbral de la puerta, unimos una vez más nuestros labios; y me refugio en mi habitación.

VI

Thérèse está ante mí completamente desnuda; una risa incontenible hace que le tiemblen los pechos y agita sus nalgas. Se está riendo de su marido, por cierto; pues yo no llevo más que una camisa demasiado corta que apenas me llega, al ombligo. Pero lo que más provoca su hilaridad, es el lastimoso aspecto de mi virilidad, encogida en total impotencia. Acaba finalmente apiadándose de mí, despierta mi deseo con unas caricias y, luego, tumbándose de espaldas sobre la cama, retoza con pasmosa obscenidad. Me abalanzo sobre ella, enloquecido a mi vez por tal lubricidad. Pero me esquivo de un brinco, corre a la ventana y salta al vacío. No puedo reprimir un grito, que pone término a esta pesadilla erótica; y me despierto empapado de sudor, con el sexo tieso. Todavía atontado de sueño, resisto sin embargo al deseo de volverme a dormir. Más vale que me levante en el acto; un poco de cansancio me será sin duda saludable.

Para empezar, me cuesta trabajo clasificar y valorar mis recuerdos del día anterior. ¿Es posible que sólo haga un día que estoy casado? Pero muy pronto una idea sobresale, dominante y luminosa: la certidumbre de que, de nuestra unión, puedo hacer una obra maestra de armonía intelectual y carnal. Y me repito mi juramento. Y pese a que en dos ocasiones ya he experimentado su fragilidad, esta mañana por el contrario me siento más seguro de mí; al calibrar el esplendor del objetivo propuesto, acepto la prueba con alegría.

Escucho un momento detrás de la puerta. Mi mujer sigue durmiendo. Con un gesto de la mano le tiro un beso y voy a vestirme.

Cuando regreso a la habitación, después del aseo,

Thérèse me oye; me llama a través del tabique:

—Buenos días, cariño. ¿Qué hora debe de ser?

—Las nueve. Pero sigue durmiendo; ayer nos acostamos muy tarde.

—No, quiero verte; ven a darme un beso.

—¿Te parece muy indicado?

—Claro que sí, viejo marido desatento.

—Pero la puerta está cerrada con llave.

—¡Mentiroso!, sabes perfectamente que no.

Entro y me arrodillo junto al bajo lecho; y me asombra encontrar a mi mujer más divinamente hermosa de lo que la veía en el recuerdo. Sus rubios cabellos, que jamás ha querido cortar, se desparraman como un río de oro en movimiento; el azul cambiante de sus ojos es esta mañana de un azul profundo. Lleva un camión muy casto, demasiado casto para mi gusto, que apenas si descubre un hombro y el inicio de un pecho.

Le doy un largo beso en la boca. Pero cuando mis labios descienden hacia su pecho, que mi mano ya alcanza, me detiene con un ademán cariñoso:

—Escucha, amor mío, tendrías que ser sensato esta mañana. Me volviste loca ayer por la noche, los pechos todavía me duelen un poco.

Luego echándose a reír:

—Conozco a un señor que debería de estar aplastado por el peso de los remordimientos en vez de tratar de volver a empezar.

Como hago un puchero y frunzo el ceño, añade:

—¿No quieres ser sensato? Aprovecharemos las horas frescas de esta mañana para sentarnos en el jardín. Y esta tarde, cuando haga demasiado calor, nos refugiaremos aquí. Entonces me encontrarás como estoy ahora, si así lo quieres.

—¿Y tratarás de hacerte perdonar por tu maldad?

—Sí, señor exigente y malo; pero a condición de que desaparezcáis en el acto.

—¿Por qué?

—Para dejar que tome un baño y que me vista.

—Si es para eso, la verdad, preferiría quedarme.

Me da un golpecito cariñoso en los labios, y luego añade con una sonrisa:

—Prométeme que te vas a ir ahora mismo y te daré una recompensa.

Y sin esperar la promesa exigida, destapa un pecho, luego el otro, y los ofrece a mis labios.

*

Bajo un emparrado de tilos de tupido follaje, pasamos una mañana muy «sensata», según las previsiones, pero deliciosa. Thérèse está dicharachera, chistosa; y en repetidas ocasiones, me declama largos monólogos clásicos o versos de Rostand, orgullosa de saber al respecto mucho más que yo. Parece haber olvidado del todo la preocupación que, la víspera, nublaba a veces su mirada. Cuando le hago esta observación, preguntándole si ya no tiene miedo de su marido, me responde medio en serio medio en broma:

—No tenía miedo por mí, ya lo sabes; lo que me preocupaba era nuestro amor. Pero lo he consultado con la almohada; a partir de hoy me pongo en tus manos, confío en tu sensatez... o en tu locura.

—Ya has podido comprobar por lo demás que mi locura sabe obedecerte en el acto.

—Sí, ¿pero seguiré teniendo fuerzas para querer que me obedezcas? Habrá momentos en los que probablemente no.

Tras un instante de silencio, debido al peso de nuestro doble pensamiento, concluye:

—Pero tú que ves mejor que yo, piensa en nuestro amor; protégelo contra la ceguera de nuestro deseo.

*

Hemos ido a almorzar fuera de casa. En el restaurante,

que no tiene nada de particular, reina un frescor agradable, y decidimos primero demorarnos un poco. Pero muy pronto una ansiedad hace mella en nosotros; sin atrevemos a confesárnoslo, ya sólo estamos pensando en la intimidad de nuestra casa, en la fiesta de los sentidos que va a proseguir. Despachamos de cualquier manera el resto del almuerzo y a primera hora de la tarde ya estamos de vuelta.

He aconsejado a Thérèse que se acueste del todo, para recuperar su noche demasiado breve; y le he prometido dejarla dormir. Pero quiere que me quede a su lado y me coge de la mano, arrastrándome hacia su habitación. Hace que me siente en el borde de su cama, se dirige hacia el cuarto de baño, da marcha atrás para hacerme prometer que no huiré; luego desaparece un instante.

Cuando vuelve, parece una niña con su largo camisón, muy poco escotado; sus dos gruesas trenzas completan la ilusión, al atenuar con una sombra el relieve del pecho. Alargo el brazo hacia ella, pero se escapa y se desliza con presteza debajo de la sábana, riendo por su frescor momentáneo.

En la habitación, por el contrario, hace mucho calor, ya que los postigos han quedado abiertos por inadvertencia. Cosa que debería de preocuparme por el descanso de Thérèse. Pero una sorda alegría que me nace en los riñones se apodera de mí. Por debajo de la fina sábana que cubre el cuerpo de mi mujer juego a seguir con la mirada las líneas de su cuerpo.

—¿Tienes sueño, querida mía?

—Sí, señor, para haceros rabiar. Pero sé perfectamente que no me dejaréis dormir y... trataré de no enojarme demasiado.

No es difícil entender la invitación y me alegro de que por sí misma a Thérèse se le ocurra reanudar nuestras caricias, demasiado pronto interrumpidas esta mañana. Tras bajar la sábana hasta la cintura, se ha estirado, con los ojos cerrados, estremeciéndose un poco al notar mi mano sobre su pecho. Pero tras unas cuantas caricias,

protesto contra ese camisón, cuyo insuficiente escote me impide descubrir por completo su busto.

—Quítatelo, mi amor.

—Pero entonces estaré desnuda del todo en la cama. ¿Y quién será malo después?

—Tú, si eres demasiado severa.

Lanza un suspiro apesadumbrado que sus ojos risueños desmienten; y, tras obligarme a darme la vuelta, se desnuda con presteza, y luego se esconde en el lecho, tapándose con la sábana hasta la barbilla. Podría, con un brusco ademán, apartar esa sábana y deslumbrarme con la desnudez total de ese cuerpo esbelto; por el momento, prefiero sin embargo ir descubriendo progresivamente mi hermoso reino voluptuoso.

La sábana, deslizándose muy lentamente, ha dejado al descubierto los pechos y ha liberado sus pezones encamados; ya está por debajo de la cintura, revelando la blancura diáfana de ese vientre muy plano; y ya mi mirada empieza a turbarse al vislumbrar, en la parte baja del vientre, el oro sedoso de los primeros rizos rubios.

Pero detengo aquí mi incursión, deliberadamente. Sé demasiado bien que, si continúo, ninguna consideración me impedirá separar las piernas de Thérèse (aunque fuera recurriendo a la fuerza) para alcanzar la intimidad de su carne. No quisiera no obstante asustar, con una brutalidad prematura, su abandono total a mi capricho.

Sobre el pecho desnudo, cuyo esplendor me aturde, repito mis caricias de la noche anterior; presión con las manos, profusión de tocamientos con los dedos, travesuras con la lengua, succiones con los labios. Y mis caricias, dueñas de una nueva conquista, se prolongan hasta el vientre que se estremece bajo mis labios; como un lago diminuto, un poco de saliva brilla en el hueco del ombligo. Thérèse me deja hacer, con los brazos inertes, aparentemente indiferente; pero cuando mi lengua, deslizándose sobre su vientre, asciende lentamente hacia los pechos, veo que éstos se hinchan de voluptuosa espera, se agitan con una respiración más profunda y

verguen sus pezones endurecidos.

Estoy agachado junto al lecho bajo, apoyándome en él con un brazo que paso por encima de Thérèse. Y mi brazo, que una camisa de manga muy corta deja al descubierto, ha rozado sus labios. Entonces, incorporándose un poco, coloca su boca en el hueco de mi axila y me respira profundamente; luego se pone a lamerme, mojándose abundantemente con su saliva. Pero mi camisa le molesta; con una voz alterada por la impaciencia me pide que me la quite; y me enderezo, encantado de obedecerla. Thérèse se ha deslizado hasta el borde de la cama, girada hacia mí; tiene la mirada clavada con avidez en mi vientre, que la camisa que me estoy quitando poco a poco deja al descubierto. Se apodera de mí una loca tentación de ir más allá de su pensamiento, de bajarme la ropa que me queda y dejar que mi sexo liberado de cualquier traba se dilate contra su rostro cercano. No obstante, pese a que el gesto imaginado exaspera más aún mi deseo, su propia indecencia me hace dudar y me permite serenarme. Comprendo la peligrosa imprudencia que significaría esta revelación, brutalmente obscena; amenaza con alienarme para siempre a aquella que me hubiera gustado convertir en la adoradora, muy tiernamente sensual... de mi virilidad.

Mi mujer, por lo demás, tampoco me ha dejado tiempo para mayores reflexiones. En cuanto tengo el torso desnudo, me rodea con sus brazos obligándome a estirarme junto a ella. Y entonces empieza, lentamente, a dibujar sobre mí, con los labios y la lengua, mil arabescos entrecruzados. Después, reptando con la agilidad de una joven fiera, se acerca hasta apoyar sus pechos sobre mi vientre y con sus pezones, cuya carne diminuta parece ligeramente más fresca que el resto de su piel, juega rozando mi cuerpo. Ora los acerca hasta mi boca y los deja ahí un momento para hacerme paladear su sabor púrpura, ora baja hasta mi ombligo y esconde en él un instante la frutita encarnada, para volver a ascender

después hasta la boca y reanudar incansablemente su juego.

Pero mientras reptaba hacia mí, atravesada boca abajo en la cama, su cadera ha ido quedando fuera de la sábana, al alcance inmediato de una de mis manos. Todavía no ha quedado del todo al descubierto, pero lo suficiente para revelar el torneado armonioso de su forma, hasta el inicio de un estrecho valle. No tardo en apartar del todo la sábana; la doble redondez queda enteramente destapada, en su abundante pero esbelta plenitud. ¿Va a protestar Thérèse por la indiscreción de este gesto? Así lo creo un instante, pues sus nalgas primero se han crispado, dispuestas a hurtarse; pero enseguida se ha relajado, aceptando su desnudez bajo mi mirada. Pese a ello no quiero abusar de mi victoria; reprimiendo las ganas de apoderarme de mi voluptuoso descubrimiento, me limito a recorrer ávidamente con la mirada la perfección de sus curvas y su misteriosa línea de sombra.

Hastada ya de haberme acariciado demasiado, Thérèse deja que su cabeza descanse sobre mi vientre. Un gesto de muñeca rota, pero de muñeca un poco alocada que, instintivamente, me acerca las nalgas. Entonces, enderezándome un poco para alcanzar con ambas manos los tesoros codiciados, empiezo a acariciarlos muy suavemente con los dedos. Los reflejos son los mismos que antes: crispación de un pudor que desearía hurtarse todavía, y luego relajación del cuerpo que acepta, ansioso de nuevas voluptuosidades. Mis dedos, atreviéndose a más, manosean a manos llenas la mullida plenitud de las nalgas.

Empiezo siguiendo el trasero en su longitud. Partiendo de la curva de los riñones, mis manos ascienden la doble colina, y bajan otra vez hacia los hoyuelos que indican el nacimiento de los muslos. Y una vez ahí, con un dedo indiscreto, rozo a menudo un musgo sedoso, pegadito al cálido nido de amor. Pero temeroso de mi propia impaciencia, huyo en el acto de ese contacto perturbador;

y vuelvo nuevamente hacia la curva de los riñones, para reanudar en el acto mi amoroso vaivén. A ratos, mis caricias progresan de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, asiendo y después soltando la doble esfera de esta carne. Una carne a la vez firme y plástica, y de un tacto infinitamente suave. Una carne viva bajo mis caricias, que a veces se cierra para proteger la intimidad de su valle secreto; pero que se abandona por el contrario a una confiada y visible voluptuosidad, cuando mis manos acercan una a otra esas redondeces iguales. En mi ardiente amor por mi mujer, su goce bajo mis tocamientos me resulta tan dulce como si de mi propio goce se tratara; e incansablemente, renuevo mis caricias. Anochece ya cuando Thérèse pide piedad, la mirada desbordante de voluptuoso agotamiento.

VII

El lecho está húmedo del sudor de nuestros cuerpos. Decidimos instalarnos, para cenar, en el canapé que hay junto a la ventana; el crepúsculo pone la nota de frescor. Voy a buscar una bata para Thérèse que, de nuevo bajo el influjo de pudor tardío, se ha vuelto a ocultar tapándose con la sábana. Cuando vuelvo a la habitación, con los víveres, está de pie, estrechamente envuelta en el batín. Está atándose meticulosamente el cinturón, que cierra con un segundo nudo, y luego con un tercero; mientras, por debajo, me mira con aire socarrón.

Sólo contamos por todo manjar con las sobras de la víspera, que no son gran cosa, pero un resto de champaña olvidado en la heladera salva las apariencias. Tras dar cuenta de la cena, hablamos y fumamos. El rectángulo azulado de la ventana está cada vez más oscuro y se va salpicando de estrellas, cada vez en mayor número. Ignoramos qué hora es, pero ¿qué nos importa la hora?

Cuando ya es completamente oscuro (una noche de verano particularmente tardía), tiramos de tácito acuerdo nuestros cigarrillos y Thérèse se desliza hacia mí, buscando mi boca con su boca. El cielo, sin luna, es no obstante tan claro que del rostro de mi mujer y de sus manos parece irradiar una fosforescencia. Largo diálogo de nuestros labios y de nuestras lenguas. Se me ocurre pensar que por debajo de la bata, Thérèse está completamente desnuda; pero no me atrevo a alargar la mano hacia su pecho, por temor a que esté hastiado por nuestra orgía de caricias de la tarde. Bueno como un santo, me limito a posar mi mano sobre sus rodillas, cubiertas por la bata.

Para provocarla, me separo un instante, como si rehuyera sus labios; y con el movimiento que ella hace para alcanzar mi boca, su rodilla queda al descubierto. Cálida sorpresa de un poco de piel desnuda debajo de mi mano. Adelanto prudentemente los dedos, tratando de agrandar esta conquista inesperada sin llamar demasiado la atención. Pero la bata resbala de golpe, destapando todo el muslo, hasta la línea ambarina de la ingle; y mi mujer hace el gesto que yo me temía, dispuesta a taparse nuevamente, y más que antes. Sin embargo, no acaba el gesto; febrilmente, como tratando de aturdirse del todo, clava su lengua en mi boca, mientras que su pierna se abre hacia mí, aceptando la caricia.

Pese a esta aquiescencia, todavía dudo; es una conquista mayor que la que yo me proponía, en efecto, y la más mínima torpeza puede echarla a perder. Tímidamente, mi mano asciende, rozando la cara interna del muslo y asombrándose de la inmaterial suavidad de la epidermis. A medida que voy progresando, los músculos se ablandan, la piel se vuelve más suave aún y, sin transición, noto bajo mis dedos el pliegue del sexo y del fino vello que lo aureola; pero las piernas se cierran de golpe, deteniendo mi mano. Una vez más, otra vez el rechazo, el invencible movimiento reflejo del pudor, que cada vez me veta la postrera intimidad de la carne. Exasperado, renunciando a proseguir mi decepcionante incursión, trato de sacar mi mano aprisionada. Pero Thérèse me retiene:

—No, quédate. Espera un poco.

Y los muslos aflojan su opresión, y después se abren del todo. Entonces, encima del sexo, que por fin se ofrece, aplico toda la mano, con la palma en lo más profuso de su vello, y los dedos directamente sobre la carne, dilatada flor encamada. Y permanezco así durante mucho rato, antes de intentar cualquier caricia más activa, abandonándome a la voluptuosidad de ese contacto

cálido, a la embriaguez de haber conquistado el nido secreto del amor. Bajo mi mano inmóvil, unos estremecimientos recorren la íntima desnudez de esta carne; unos largos estremecimientos cuyas oleadas, sacudiendo el cuerpo de mi mujer, se propagan hasta nuestros labios estrechamente entrelazados.

Silencio absoluto de la noche, que sólo rompe el ruido tenue de nuestros labios, apretando o aflojando su abrazo. Los estremecimientos de Thérèse se vuelven menos frecuentes, se atenúan; entonces despierta mi mano. Abandonando un instante la carne sosegada, mis dedos recorren el vientre liso, ascienden por debajo de la bata, buscando los pezones de sus pechos. Vuelven a descender al punto; pero convertidos ahora en fuegos fatuos, apenas si se limitan a rozar el sexo, sin tocar su carne íntima. Como una llama ligera, van dando saltitos por el vello, rozan sus bordes que la pelusilla sombrea, se deslizan hasta las caderas, recorren a tientas su línea secreta. Luego, reanudan sus suaves paseos en sentido inverso, regresan al punto de partida y vuelven a empezar incansablemente la caricia de su vaivén. Poco a poco, no obstante, se van volviendo más insistentes, más penetrantes. Separando sus mechones rizados y enmarañados con su deambular errabundo, mis dedos reanudan el contacto con la carne íntima del sexo. Y muy pronto su caricia, que se va volviendo más acompasada, se limita en exclusiva a esa carne, y luego a sus más tiernos recovecos.

Thérèse ha dejado de besarme, absorta por completo en la sensación de intensa voluptuosidad que nuevamente la hace estremecer. Trata de desatar el triple nudo que cierra el cinturón; luego, impaciente, lo rasga; y, desprendiéndose de la prenda que la cubre, ofrece, en la suavidad de la noche clara, la total desnudez de su cuerpo. La carne de su carne se humedece de deseo bajo mis dedos que se sienten perturbados y aceleran su caricia. Entonces sus piernas se abren todavía más, tendiendo hacia mí su carne enloquecida, y con las dos

manos crispadas sobre sus pechos, se arquea hacia atrás,
con los ojos convulsos.

VIII

Viernes por la mañana.

Mis buenos amigos, que anteayer ya suponían que nos «encamaríamos» en Dijon, se quedarían de una pieza si me vieran solo en esta cama. Y con menudos sarcasmos me cubrirían si supieran que mi mujer todavía sigue siendo virgen, después de tres días casada.

No obstante, yo no siento amargura ni humillación. Más bien un cierto orgullo. Sueño con un auditorio capaz de comprenderme; que me aplaudiría por haber vencido los estúpidos prejuicios de los varones; y evocaríamos un mundo nuevo en el que el hombre ya no sería esclavo de su sexo y de su bestial satisfacción. Pero ¿cuántos hay (uno de cada mil, tal vez) que, alzándose por encima de la bestia primitiva, saben reprimir su deseo para alcanzar una voluptuosidad menos egoísta?

¿Egoísta? ¿Acaso no lo fui ayer por la noche con Thérèse? ¿Por qué provocar su espasmo solitario, si era para llevarla después temblorosa a su cama, y abandonarla en ese estado? Estoy tratando de obtener de ella una llamada explícita, ese «¡tómame!», que entregará su carne a mi carne; pero ¿no lo gritó acaso, con todo su cuerpo arqueado hacia mí, en la penumbra de esa cálida noche de verano? Si pese a ello resistí al embriagador envite de su placer, si pude reprimir el desvarío de mi propio deseo, se debe a que la prueba superada me ha vuelto más ambicioso, y más fuerte también. Lo que quiero de Thérèse no es sólo el consentimiento de su carne (confesado con tanto ardor esta noche), sino aquel, más consciente, de todo su ser. Y sé perfectamente que tengo mucha razón para esperar, preocupado por una unión más íntima que la mera unión de los sexos.

Aun así, a fuerza de tanto evocar en la calidez de mi lecho solitario los incidentes de la noche, no tardo en despertar mi propio deseo. Extraño desdoblamiento de la personalidad: mientras mi razón desgrana sus argumentos y me aprueba, mi imaginación, palpando esos recuerdos, por el contrario, me desaprueba. Un lamento me desgarrar, con una opresión en los riñones. Veo nuevamente a Thérèse desprendiéndose de la bata, ajena a todo pudor, en una ofrenda total de su cuerpo; percibo nuevamente la dulce llamada húmeda en la punta de mis dedos. ¿No me habré engañado a mí mismo rechazando el placer ofrecido? Cierro los ojos para saborear mejor lo que mi goce podría haber sido; me habría echado de rodillas, entre sus muslos abiertos, y en la humedad doble de nuestro doble deseo, habría acariciado largamente su carne con mi miembro, antes de penetrarla de golpe. O tal vez, con un gesto instintivo, las manos de Thérèse, en el paroxismo de su goce, habrían cogido mi sexo ya henchido por el espasmo próximo para clavarlo dentro de ella. Tengo mucho calor de repente y me destapo, entreabriendo mi pijama sobre la ardiente turgencia de mi deseo.

*

Thérèse tamborilea en la puerta con los nudillos; me tapo rápidamente con la sábana. Con voz clara, cómicamente aguda, canta:

Al claro de luna, mi señor y marido
salid al jardín, que el aire está más tibio

Aplauzo, con un silbido de admiración, esos hermosos pareados y respondo, una octava más baja:

Al claro de luna, el señor da la respuesta:
no puedo acudir, de la cama salir mucho me cuesta.

Su risa se oye por detrás de la puerta:

—¡No! ¿De verdad? ¡Venga, perezoso! ¿Se puede pasar?

—Sí, sí. Ven, corre.

—¿Estás presentable al menos?

—Claro que sí; como siempre.

—Si es así, tendrás un premio.

Dicho esto, entorna la puerta, echa una ojeada desconfiada y, una vez tranquila, entra del todo. Lleva su conjunto de playa: jersey, bolero y pantalón amplio. Un conjunto blanco, con manchitas azules, de una tonalidad a juego con el azul de sus ojos, cuyo brillo realza. Sus pechos, abriendo el bolero, tensan la tela delgada del jersey y marcan sus pezones gemelos. Un gran sombrero de paja flexible brinda una sombra a su cabellera rubia, que lleva recogida en un moño pesado. Encuentro a mi mujer adorablemente hermosa y joven; mi carne tensa exhala hacia ella un vibrante deseo. Pero la detengo un instante en el umbral.

—Espera un poco, quédate ahí, para que pueda admirar el conjunto.

—¿Me encuentras grotesca, disfrazada de este modo? ¿Qué te parezco? ¿El carnaval de Niza, de gira?

—¡Pues no! El cortejo de Venus.

Se abalanza hacia mí, con el busto inclinado hacia adelante y las manos amenazadoras, y dice poniendo voz de ogro:

—Venus, a su presa dedicada por entero...

Luego cae sobre mi cama y me come a besos el rostro y el cuello. Sus manos no tardan en apartar la sábana («¡Para ver si no me has mentido!»); la primera inspección resulta satisfactoria, pues llevo la parte de arriba del pijama castamente abrochada. Pero no va a tardar en descubrir algo más indecente: la roja provocación de mi sexo desnudo.

Debería detenerla, evitar que sus ojos hagan el brutal descubrimiento de mi celo, que puede resultarle repugnante. Hay mujeres que lo aceptan, lo sé perfectamente, y sin tantos miramientos; pero se trata de

aquellas que se convierten en hembras pasivamente sometidas al goce del varón, o bien de prostitutas cuya venalidad se sobrepone a cualquier repugnancia. Si, por el contrario, quiero que mi mujer esté enamorada tanto de la violencia de mi sexo como que sea tiernamente compasiva con el falo del amor; si quiero suscitar en ella una pasión, confiada y acariciadora hacia mi propia carne, tendría que tomar otro tipo de precauciones. Habría debido de explicarle primero, guiar los tocamientos de sus manos, antes de entregarme a la caricia de su mirada. Pero mi voluntad se ha hundido; grandes oleadas de deseo, partiendo de mis riñones, me anegan la mente y me aturden.

Igual que en el vértigo, es el propio peligro lo que me atrae, la espera sádica del doloroso asombro de Thérèse. Hay otros momentos, sin embargo, en los que las oleadas de deseo se sosiegan en una súplica muda. Me gustaría decir a Thérèse: «Todavía no conoces casi nada de mi cuerpo. Míralo. Sé suave con mi sexo impaciente, tan suave como lo fui yo anoche con el sobresalto íntimo de tu carne. No temas, sólo quiero entregarme a ti. Y si me embriagas hasta el espasmo, tiernamente, te taparé los ojos».

Pero la mano que retira la sábana ya ha llegado más abajo de mi cintura; está llegando al punto donde la ropa empieza a abrirse. Thérèse vislumbra un triángulo de piel, cubierta ya de vello por la proximidad del sexo. Un movimiento lascivo le recorre el brazo y se resuelve en una crispación de la mano. Pero recupera el control enseguida. Para no tener que constatar mi falta, tapa violentamente el triángulo de piel con la sábana. Nuevamente, lo que se ve de mi atuendo vuelve a ser del todo decente, cosa por la que me felicita.

—Está muy bien; estáis la mar de decente.

No ha comprendido, o no ha querido percatarse de la marca precisa de mi sexo, un poco más lejos, debajo de la sábana.

Con fingida gravedad, me anuncia:

—En virtud de los poderes que nos han sido conferidos, por el juez de paz adjunto, así como por el señor cura, voy a recompensaros.

Entonces, desnudándome los hombros y el torso hasta la cintura, repite sobre mi cuerpo toda la gama variada de caricias. Pero el perturbador interludio apenas si dura un cuarto de hora —un tiempo anormalmente breve, comparado con la duración habitual de nuestras celebraciones amorosas—. De golpe, Thérèse se detiene; su mano vuelve hacia el triángulo de piel vislumbrado antes; lo destapa, lo agranda poquito a poco, tantea sobre mi vientre buscando el ombligo; cuando lo encuentra, esconde en él su lengua durante un segundo. Después me sube la sábana hasta la barbilla, de un tirón, y se incorpora.

—Supongo que no os imagináis, querido señor mío —me dice—, que os vamos a condecorar con la orden de caricias de primera clase porque habéis sido más o menos decente. ¡Y aún gracias!... No os merecéis más que la de tercera clase; la ceremonia ha concluido. ¡Y ahora, levantaos, holgazán!

—Bien, bien. Obedezco.

Hago ademán de saltar de la cama, pese a lo que ha podido adivinar respecto al desorden de mi aspecto. Pero proclama su protesta:

—¡Alto ahí, malandrín! ¡Qué antes me dejen salir!

Y huye a la carrera sin dejar de reír. Un instante después, su voz sube desde el jardín:

—Te espero leyendo bajo los tilos. Pero date prisa. Como libro, te prefiero a ti.

—Gracias.

—Pero eres un libro malo; uno se lo piensa un poco antes de pasar la página.

—Pues yo conozco un hermoso librito cuyas páginas ya he hojeado.

—Calla, monstruo ingrato.

Y para cubrir mi voz, se pone a cantar la canción de la revuelta de *Luisa*.

¡Qué alegre está! Yo pensaba que los recuerdos de la noche anterior iban a hacer que estuviera algo más seria esta mañana. Pero ¿a santo de qué, a fin de cuentas? Si quedó un momento deslumbrada, casi dolorosamente, por la revelación de un goce agudo, al sosegarse, el recuerdo se ha transformado en una confiada entrega. ¡He sido capaz de llevarla, sin herir su delicadeza ni dañar su carne, hasta el umbral mismo del reino embriagador de la voluptuosidad! Y, libre al fin de cualquier temor, vibra ahora de alegre impaciencia. Como una criatura que, al final de una carretera desconocida, descubriera de golpe la inmensidad azul del mar, reverberando al sol de la mañana.

IX

Bajo al jardín y, como quiero sorprenderla, camino con el sigilo de un pielroja. La gravilla, que chirría bajo mis pies, me delata. Pero Thérèse, de espaldas a la casa, finge que no me ha oído y sigue con su rubia cabeza inclinada, como una víctima que ofrece la nuca al verdugo. Devoro esa nuca con un prolongado y goloso beso. Thérèse se sobresalta y ríe.

Al ver el libro cerrado en su regazo, le pregunto:

—¿Has leído mucho?

—Mucho no, pero sí concienzudamente: he releído diez veces la misma media página.

—¿Te la estás aprendiendo de memoria?

—Sólo trataba de comprender. Pero nunca llegaba al final de la frase.

—¿Estabas distraída por mi culpa?

—Qué va, vaya fatuo estás tú hecho. Era la distracción fecunda de los grandes pensadores. Soy Tomás de Aquino, Newton, Einstein, quien tú quieras. Acabo de hacer un gran descubrimiento.

—¡No me digas! ¿Y qué has descubierto?

—¡Que el creador es suntuosamente inteligente y que su creación a fin de cuentas no está tan mal resuelta! Se lo he dicho, por cierto, mientras me abandonabas a mi soledad. Y le he presentado mis más humildes excusas por haber creído que el mundo se reducía a mi tonta vida de jovencita.

—No tan tonta.

—Que sí, so bobo. ¿Sabes a quién me parecía, sin tener ni idea? A esos viajeros embrutecidos que, en su vagón de primera, leen el periódico o van medio somnolientos, sin sospechar que, detrás de la persiana

bajada, se abre todo el paisaje de Provenza cantando al sol.

—Pero tú, más lista que el viejo caballero de primera clase en su vagón, adivinas por adelantado la campiña soleada.

—La adivinaba mal. Y deseaba a veces que la persiana no se subiese demasiado deprisa.

—¿El paisaje no te interesaba?

—Tenía miedo de no ver, en su lugar, más que otros vagones tontamente igualitos al mío. O bien temía que la persiana se levantara de golpe y descubriera un paisaje vulgar, cuya cruda luminosidad me habría cegado.

—¿Ya no tienes ese temor?

—¿Cómo te atreves a preguntarlo a estas alturas, hipócrita?

Sus ojos, clavados en mí, se oscurecen de pronto. Y yo adivino el motivo: sombras proyectadas por la procesión inconfesada de ocurrencias carnales, despertadas bruscamente. Permanece un momento en silencio, y luego solicita un estímulo:

—¿Me prometes que no te burlarás?

Sin decir palabra, la estrecho contra mí.

—Es difícil de explicar —me dice—. Porque quisiera pedirte perdón, pero por algo por lo que no siento arrepentimiento alguno. —Y de repente, volviéndose más atrevida—: Me oyes, no me arrepiento de nada, de nada, respecto a esta noche en la que me he entregado totalmente a tus caricias. No lamento ningún gesto, ninguna de mis actitudes más...

Duda y yo trato de ayudarla, atenuando su pensamiento:

—¿Más enamoradas?

—No. ¿Cómo expresarlo?

Y hurtando un poco la mirada, precisa:

—Más impúdicas. Siento un poco de vergüenza, pero ningún remordimiento.

—Entonces, querida mía, ¿qué es lo que te tenía que perdonar?

—Pues precisamente eso; el haberme entregado tan por completo.

—¿Lo lamentas?

—No lamento nada, ya te lo he dicho. Pero ahora también conozco yo ese desvarío que había leído en tu mirada, cuando llegamos aquí. Y me gustaría que a tu vez ahora me perdonaras, si te he parecido... no sé... bestial, repugnante tal vez.

—¡Qué dices! Calla, calla. No profanes la embriaguez que me ha proporcionado tu cuerpo vibrante, tan intensamente vibrante con mis caricias.

Pero la escena, imprudentemente aludida, se precisa ahora en mi recuerdo, con intensa y cruel nitidez. Las dudas que me habían asaltado por la mañana se reavivan con mi deseo; y nuevamente vuelvo a reprocharme no haber poseído a mi mujer durante el desvarío total de su voluptuosidad. Un remordimiento áspero me invade, me llena de humillación, de menosprecio hacia mi propio ser, de sordo rencor contra Thérèse. Con el ritmo acelerado de mis sienes (cuyo latido ha estado a punto de precipitar mi derrota en varias ocasiones), la zarabanda de mis pensamientos va cada vez más deprisa, girando alrededor de una idea fija. Y la idea se va precisando, alucinante: ahí mismo, en el césped tupido bañado por el sol, veo el lugar donde me abalanzaré sobre Thérèse; donde la poseeré, como hacen los animales sin temor al cielo demasiado amplio encima de sus cabezas, y sin caricias inútiles. Me queda la suficiente lucidez como para calibrar la estúpida brutalidad de mi acto; sé, no obstante, con una certidumbre rayana en la locura que mi instinto va a imponerse ahora. Me he puesto en pie titubeante, embriagado por el exceso de mi deseo, cegado por las imágenes lúbricas. Y arrastro a Thérèse hacia el césped soleado donde aplastaré su cuerpo y obtendré mi satisfacción dentro de su carne. No opone resistencia; pero su voz, que primero me parece muy lejana, da la impresión de acercarse de golpe y me saca de mi alucinación:

—Cariño, cariño mío, ¿te encuentras mal? Ven, vuelve a sentarte. Aquí, pequeñito mío, apoya tu cabeza en mi hombro.

Me sosiega con palabras infantiles, con esas palabras ñoñas, cuya dulce persuasión sólo los enamorados comprenden. Pero se culpa a sí misma de mi malestar:

—Estoy abusando cobardemente de tu generosidad, pobrecito mío. Soy indigna de tu delicadeza, de todas las precauciones de tu ternura. La prueba es demasiado cruel para ti; no hay que prolongarla más. Aunque...

—Aunque... ¿preferirías esperar?

—Sí y no. Cuando mi deseo, el que nació esta noche pasada de tus caricias, renazca en cuanto lo llames, todo mi cuerpo se sublevará contra la espera. Pero cuando estoy más lúcida, tengo la impresión de que debería resistir todavía un poco más a mi instinto, del mismo modo como tú has sabido resistir al tuyo. Pues sólo hemos recorrido la mitad de la etapa.

—¿Por qué? ¿Porque todavía no me quieres lo suficiente?

—¿Que no te quiero lo suficiente?

Mueve tristemente la cabeza, sin refutar una idea cuya falta de fundamento me resulta evidente a mí también.

—No, pero no te conozco lo suficiente. Ahora tú me conoces toda, y no hay recoveco de mi cuerpo cuya reacción exacta a tus caricias no conozcas. Pero yo, ¿qué sé yo de ti, querido mío?

Permanecemos callados, sin precisar un pensamiento apenas formulado, pero que despierta significativas resonancias en nuestra carne. Sin embargo, no siento ninguna tentación de sacar provecho del lamento expresado por Thérèse y de guiar su mano hacia el descubrimiento de mi propio cuerpo. En más de una ocasión, por supuesto, he imaginado este descubrimiento y he gozado por adelantado de sus perturbadoras etapas. Pero ahora siento temor de la ignorancia de Thérèse, siento temor de una repugnancia posible. ¿Debido, por mi parte, a una timidez ridícula? ¿O a un exceso de

escrúpulos? Se trata de un sentimiento más complejo, con grandes dosis de egocentrismo. Pues, al querer convertir a mi mujer en la adoradora acariciante de mi virilidad, temo hacer de ella (por la falta de paciencia) únicamente una esclava de mi deseo, pasiva y secretamente sublevada.

X

Me ha parecido necesario volver a marcar el punto, en el transcurso de esta navegación hacia la felicidad carnal. Navegación cuyo encanto reside en la propia lentitud de sus desplazamientos, alrededor de las islas de la voluptuosidad; pero cuya ruta (tras siglos de especulaciones eróticas) sigue deficientemente balizada. ¡Son tantos los viajeros excesivamente apresurados, atentos sólo a atajar por el camino más directo!

Para permitirme reflexionar y salir, durante unas horas, de esa soledad demasiado completa que exaspera nuestros sentidos, he propuesto a Thérèse dar un paseo en automóvil. Con la capota bajada y el parabrisas levantado, el coche va engullendo, con rabia, kilómetros de carretera; los árboles que desfilan me van devolviendo ecos breves, cuya sucesión apresurada acompasa la rapidez de nuestra carrera. Los túneles de verde suceden a las orgías de sol. A ratos ardiente, a ratos más ligero, el aire que azota nuestros rostros nos impide hablar; pero me activa la mente, despejando mis vacilaciones y dudas. Y volveré a casa, con los nervios tonificados, con renovada certidumbre y paciente voluntad.

He reducido la velocidad, para preguntar a Thérèse. Sus pensamientos han seguido caminos paralelos a los míos, y han desembocado, a su vez también, en una certidumbre mayor. Pero nuestras conclusiones chocan, en total oposición:

—La prueba ya ha durado demasiado, querido mío.

—Pero si esta misma mañana decías que te parecía más prudente diferir nuestra unión.

—No te dije exactamente eso. Cuando me preguntaste si prefería esperar, respondí: sí y no. Pero en el posible sí,

había sobre todo un temor.

Se interrumpe, tímida aún ante las precisiones carnales.

—¿Qué temor, querida mía?

—El temor de no comunicar con la suficiente intensidad con tu cuerpo, a falta de haberlo conocido mejor antes de pertenecerle del todo. Por eso respondí que sí... tal vez, a tu pregunta sobre la oportunidad de seguir difiriendo la cuestión. Pero ahora es no, definitivamente no. No quiero, no puedo seguir esperando; porque me doy cuenta de la crueldad inútil de esta espera que sólo beneficia a mi egoísmo.

¿Su egoísmo? Sonrío a pesar mío, pero vacilo a la hora de desengañarla, por miedo a no conseguir hacerme entender o a asustar su pudor. Pero me vuelvo más osado y le explico que ella no es la única que desea ese conocimiento previo de mi cuerpo. Igual que ella, lo estoy esperando, con una voluptuosa espera; una etapa delicada, pero esencial en nuestro camino, en la que mi sensualidad se alimentará de la ingenuidad misma de las primeras caricias recibidas. Tratando de quemar esta etapa, Thérèse nos privaría a ambos de unos momentos muy dulces; de esos momentos de tierna iniciación, el testimonio más seguro, de cara al futuro, de la perfecta unión de nuestros cuerpos.

Comprendo, por descontado, que trate de abreviar la prueba del deseo insatisfecho, cuya dolorosa intensidad ha conocido en carne propia la noche anterior. Y sé (sin atreverme a decírselo) que su ternura todavía se sentirá más perturbada cuando le sea revelada la candente tensión de mi sexo, ávido de su carne. Pero le suplico que no ceda prematuramente a un sentimiento en el que la compasión por mí es mucho más decisiva que su propio deseo.

*

Camino de regreso, nos detenemos a cenar a solas los

dos; elegimos un apacible vergel, junto al lindero de un bosque que ya está en la penumbra. Desde su semiletargo, el hostel parece estar a la espera de la avalancha de coches que el fin de semana invadirán las carreteras. Sin embargo, nos hace un buen recibimiento.

Nos demoramos una vez acabada la cena. Habíamos decidido, en efecto, que esperaríamos a que fuera noche cerrada antes de volver a la carretera; y ya nos deleitábamos por adelantado con el frescor de esa carrera nocturna a través del aire más tonificante. Pero la noche de verano tarda en llegar, y ya poco a poco un ansia se apodera de nosotros. Thérèse, a ratos, aprieta las manos entre las rodillas, con ademán de frío; yo noto una crispación en los riñones que responde a ese gesto y me lo explica.

Le pregunto qué es lo que conoce exactamente de la fisiología del matrimonio. Casi nada, en resumidas cuentas, puesto que voluntariamente ha reprimido cualquier vestigio de curiosidad sexual.

—Ya sé, evidentemente —dice Thérèse—, que los niños no nacen en las coles. Y además, después del bachillerato, quise adquirir algunas nociones más precisas respecto al papel de la mujer en la maternidad. Tampoco iba a darme por satisfecha con un lirismo ñoño o con las tontas supersticiones de una niña de colegio de monjas.

—¿La mojigatería de tu abuela no se sintió ofendida?

—No llegué a consultárselo. Habría interpretado como una curiosidad malsana lo que yo consideraba un deber, un deber de probidad intelectual. Una amiga algo mayor que yo dirigió mis estudios. La conoces, por cierto: Mathilde D...

—¿La elegante doctora? ¡Creo, efectivamente, que no ignora nada de la vida! Sin duda, ha tenido aventuras.

—Sí, creo que sí; aunque no me dijo nada al respecto. Más aventuras desdichadas que felices, a tenor del triste papel que ha representado a veces. Pero esa misma experiencia la hacía más comprensiva, más respetuosa con la muchacha que seguía intacta. Y de tácito acuerdo

dejamos de lado el papel del hombre en el matrimonio. Partíamos del ovario y seguíamos su evolución, sin preguntamos... —Se interrumpe un instante, y luego, echándose a reír—: Sabes, como en cosmografía, cuando se parte de la nebulosa primitiva, sin plantear si su impulso inicial proviene de Dios, del diablo o del azar.

—¿Y tú no sospechabas nada?

—¡Hombre, tanto como nada! Había que ser muy ingenua para no pensar en atar unos cuantos cabos. Las clases de biología del curso de preuniversitario, con sus precisiones sobre la reproducción de las plantas, por supuesto que me habían dado en qué pensar.

—¿Y a qué conclusiones llegaste?

—A que la mujer, para criar, ha de ser fecundada por el hombre. En todas las novelas, por lo demás, siempre se precisa que se trata de una posesión física. Sé (¿acaso una muchacha de mi edad podría ignorarlo?) que esta posesión primero es dolorosa para la mujer y no ignoro lo que modifica en nosotras. Pero me cuesta imaginar (¿cómo decirlo?) los pormenores del asunto, el papel exacto del hombre.

Sabe, sin embargo, cuál es la diferencia entre los sexos, por lo menos tal como se presenta en los niños. Pero no ha tratado de explicarse el misterio porque ignoraba la extraña metamorfosis fisiológica que experimenta el hombre bajo el impulso del deseo. Le revelo esa metamorfosis, con palabras muy sencillas, obviando todo detalle de inútil crudeza, pero más preocupado aún por evitar las metáforas ridículas. Y la seriedad con la que me escucha me impediría, en el supuesto de que tuviera alguna tentación al respecto, cualquier broma trivial. Le explico cómo el sexo, transformado ante la perspectiva de la unión carnal, se vuelve capaz de penetración y de fecundación; y luego el sosiego del deseo; y el varón impaciente que se vuelve un poco como un niño triste, en los brazos de la persona amada.

Thérèse me ha escuchado sin despegar los labios, con

la cabeza apoyada contra mi hombro. Y su silencio, que se prolonga, acaba preocupándome. Le levanto la cabeza; le miro el rostro pero apenas distingo sus rasgos en la oscuridad de la noche. En el borde de sus párpados, que permanecen cerrados, percibo el sabor amargo de una lágrima.

—¿Te he hecho daño, mi amor?

Abre los ojos, extrañada por mi pregunta:

—¿Daño? ¡Oh, no! Es hermoso, sencillamente; mucho más hermoso que todo lo que me podía haber imaginado.

Veinte minutos más tarde, estamos en casa.

XI

Acompaño a Thérèse hasta el umbral de su habitación y me despido de ella.

Se rebela:

—¡Ni hablar!

—¿Cómo? ¿No quieres darme las buenas noches?

—Te daré las buenas noches en mi cama.

Precisa:

—En nuestra cama. ¿Por qué quieres abandonarme otra vez?

—Pero si lo hago por ti, querida mía, para no ser indiscreto.

El argumento no me parece de mucho peso, ¡pero tengo tan pocas ganas de tener razón!

—Ayer y anteayer también lo hice así...

—E hiciste bien, amor mío. Te habría querido menos si te hubieras impuesto desde la primera noche. Habría estado resentida (un poco) contigo si hubieras sido un marido brutal, demasiado seguro de sus derechos e incapaz de captar determinados matices. Pero esta noche, querido mío, lo pasaré mal si tengo que quedarme sola.

—¿Tan mal lo pasarías?

—Sí, sí. Tu niñita se pasaría toda la noche llorando. Y, al despuntar el alba, sería ella la que vendría hacia ti y se deslizaría en tu cama.

—¿Y si la echase?

—¡Estaría tan temblorosa de frío y de humillación! No podrías evitar estrecharla entre tus brazos. Y como tendrías muchos remordimientos, antes de que el gallo cantara tres veces, habrías olvidado todas tus hermosas resoluciones.

—¡Pues qué bien! ¡Ya sé a qué atenerme!

Y me echa los brazos al cuello:

—¡Ven, querido mío! Si nuestra locura te da miedo, pondremos una espada entre nosotros; ya sabes, como Tristán e Isolda, en el bosque de Morois. Ven, te contaré la hermosa historia que he leído tantas y tantas veces.

Hace que me siente en el borde de la cama amplia y baja. Y de pie, delante de mí, me recita esta prosa de Bédier, que contiene más poesía que muchos poemas: «Bajo el techo de verdes ramas, y sobre el suelo de hierbas frescas, Isolda se acuesta la primera. Tristán se tumba a su lado e interpone la espada entre sus dos cuerpos...». Thérèse me relata, sin que le falle la memoria, la visita del anciano rey, el despertar y la huida de los amantes. Luego calla, con las manos extendidas hacia mí, como a la espera de su recompensa. De su cabellera deshecha caen dos largas trenzas de oro que enmarcan su rostro. Y me quedo extasiado ante ese personaje medieval y tan puro, que espera mi deseo.

Con precauciones infinitas la desnudo, reprimiendo la febrilidad creciente de mis manos. Siempre inmóvil, con los ojos casi cerrados, mi rubia Isolda poco a poco se transmuta en una diosa pagana. Y su cuerpo blanco no tarda en surgir de entre sus ropas que yacen desparramadas a su alrededor, como en su concha, la Venus de Botticelli. Cuando está enteramente desnuda, rodeo su cintura con mis brazos, apretando apasionadamente sus nalgas con las manos; y me demoro besando el triángulo sedoso que me ofrece su desnudez. Luego, la estiro encima de la cama y ella se entrega, anhelante, a mis caricias.

Cien veces ya mis labios han recorrido su cuerpo, mis manos lo han tocado y acariciado, por delante y por detrás, una y otra vez. Pero no consigo hastiarme de tanta belleza. Numerosos detalles, apenas vislumbrados anteriormente, me embriagan con su perfección; la blancura inmaculada de su liso vientre, la esbelta plenitud de sus caderas, el limpio torneado de sus muslos, la elegante longitud de sus piernas. A estos detalles va

dirigido en primer lugar todo el ardor de mis labios y de mi lengua. Pero también se demoran en las carnosas redondeces y en las sombras cálidas de sus nalgas, que sólo mis manos habían recorrido hasta el momento. Y juego a hacer cosquillas con la lengua a los dos admirables hoyuelos que rematan su perfil, como dos flechas indiscretas que una mano traviesa habría dibujado en ese lugar, para precisar el camino hacia las voluptuosidades más secretas. Y luego, una vez más, giro ese hermoso cuerpo, que se dobla voluptuosamente entre mis brazos, y recorro con los labios los muslos esbeltos, el vientre liso. Entretanto los senos de Thérèse, con sus diminutos pezones rosados y duros, me lanzan una llamada silenciosa pero provocadora, como si me reprocharan haberlos abandonado. Respondo a su llamada. Y la repetición de las múltiples caricias que les había enseñado la víspera a duras penas basta para hacerles olvidar la impaciencia de una espera demasiado larga.

Thérèse vibra con ardor, pero con una sinceridad absoluta, incapaz de fingir una sensación no experimentada. Aquella caricia, que creía de una voluptuosidad irresistible, no despierta ningún eco; tal otra en cambio, que me ha sido inspirada por un reflejo casi inconsciente hace que le recorra un estremecimiento duradero. Hay momentos en que todo su cuerpo ágil se retuerce en la cama como poseído por el deseo imposible de ofrecerse total y simultáneamente a la presión de mis manos y de mis labios. No obstante, si mis dedos o mi lengua, siguiendo una trayectoria descendente por su vientre, tratan de penetrar por sorpresa hasta la sombra más íntima de su sexo, se zafa cerrando bruscamente las piernas. Sin duda ha tenido miedo de que un espasmo de deseo, análogo al de la noche anterior, no le arranque un impulso irresistible hacia mi cuerpo, hacia ese cuerpo que sin embargo quisiera conocer, antes del don supremo de su carne.

Adivinándole el pensamiento, resisto las ganas de

separarle las piernas y de aplastarle el sexo con los labios. Y reanudo mis incursiones hacia otras regiones de su cuerpo. Pero no tardo en volver una vez más, más sediento aún, hacia la voluptuosa humedad prohibida; una vez más, mi boca se posa sobre el rubio vello que la atrae; y una vez más, las piernas de Thérèse vuelven a cerrarse, impidiéndome seguir adelante. Poco a poco, sin embargo, noto que se debilita su resistencia; y, de repente, con un gran estremecimiento, Thérèse reconoce su derrota. Sus piernas se entornan lentamente, todavía vacilantes pero dóciles a la presión de mis caricias; y luego se abren de golpe, ofreciendo a mis labios ávidos la roja desnudez de su carne.

Indiferente al pudor de Thérèse, que una resistencia demasiado dilatada ha dejado agotada, hago que se deslice su cuerpo hasta el borde del lecho, al alcance más inmediato de mi boca. Entonces, en una vorágine vertiginosa de tierno delirio, amaso amorosamente esa carne todavía virgen; y las succiones prolongadas de mis labios se alternan con las travesuras múltiples de mi lengua. O la envuelvo en una prolongada caricia con toda la boca que, empezando en los hoyuelos de las nalgas y rozando todo el sexo, culmina encima de su vientre.

Me detengo al fin, con los riñones destrozados por la irritante tensión de mi deseo; y Thérèse se estira, como saliendo de un sueño. Pero más consciente de golpe, oculta con presteza su sexo con la mano y me rechaza suavemente:

—Estamos locos.

Está sentada en el borde de la cama, con la mano frioleraamente apretujada entre las piernas cerradas; y recogiendo una de sus prendas, que yacía esparcida encima de la alfombra, trata de tapar su desnudez. Cosa que realiza con extremada dificultad. Aturdida todavía por la prolongada voluptuosidad, Thérèse resulta de una conmovedora y divertida torpeza; e indóciles a sus esfuerzos, ora reaparece un seno, ora la mata rubia del vello de su sexo. Pero me apiado de ella y del despertar

de su pudor; levantándola entre mis brazos, la acuesto en el lecho y la tapo con la sábana.

Un despertador de viaje marca su tictac apresurado sobre la mesita de noche. Ya es la una de la madrugada. Sería hora de interrumpir nuestros escarceos.

He querido, por lo menos, otorgamos a ambos unos instantes de tregua. Pero involuntariamente me he quedado adormecido en la bañera. Desde la habitación contigua, mi mujer llama:

—¡Te olvidas de mí, malo, más que malo!

Me pongo a la carrera un batín y voy a su encuentro.

Ha apagado todas las luces. Desde el canapé, cerca de la ventana abierta, una voz de chiquilla me dirige:

—Cucú, cariño, por aquí.

La noche no es tan luminosa como la del día anterior; carece de esa fosforescencia con la que se aureolaba el cuerpo femenino, en tensión hacia el despertar de su carne. Y es que las estrellas, avasalladas por pesados nubarrones, han ido quedando aplastadas una por una. No obstante, su alma luminosa sigue exhalándose en una claridad difusa; y de la bata oscura que Thérèse se ha puesto destaca la blancura de su escote. Pongo allí mi mano; un ademán más de ternura que de codicia, puesto que mi deseo está adormecido. Pero Thérèse me detiene al punto.

—No, cariño mío, más esta noche, no. ¿Sabes en qué estado me has puesto? Y además...

—Estréchate contra mí, ven, quédate bien apretadla, amor mío.

Sentada a mi derecha, apoya la cabeza en mi hombro, con un gesto que ya le resulta familiar y que a mí me gusta. Su mano, rozando mi pecho, busca la abertura de la ropa y Thérèse se estremece ligeramente cuando su mano toca mi piel; luego se queda perfectamente inmóvil. No hay más movimiento a nuestro alrededor que el deslizamiento lejano de las nubes que pasan. Thérèse no va a tardar en quedarse dormida; me apiado de su agotamiento y dentro de un rato, como a una niña, la

llevaré a la cama, cuidando de no asustarla.

Pero la mano que descansaba encima de mí se despierta y me palpa. Luego, con una progresión lenta y muy suave, baja recorriendo mi cuerpo. Grandes oleadas de voluptuosidad nacen a su contacto, que se prolongan hasta mis riñones; y mi sexo a su vez se despierta, con rápidas pulsaciones. A pesar mío, contengo el aliento; y diríase que de nosotros dos sólo esa mano y ese sexo están vivos, en la doble espera que les hace estremecer. Bajo la tela ligera de mi batín, la mano sigue avanzando; está descendiendo ahora por mi vientre; parece extrañarse por ese vello mío parecido al suyo, aunque más áspero, y tantea, más fervorosamente, presintiendo la proximidad del sexo. Pero cuando tropieza con él, de repente, duda un instante sorprendida por su candente dureza. Luego lo palpa, insegura, algo temerosa, sube hasta la punta, donde gotea mi deseo; y, cerrándose sobre la suavidad de la presa, se inmoviliza. Con una voz grave, lejana pero infinitamente tierna, Thérèse me susurra junto al oído palabras de ardiente amor. Y en un extraño complejo relativista, el tiempo que va pasando y la rápida huida de las nubes se confunden; seríamos incapaces de decir si se trata de cuartos de hora o de la eternidad.

Thérèse, sin embargo, es sensible a las sordas pulsaciones de mi deseo. Y como para sosegarlas, con un gesto de ternura instintiva, su mano se vuelve acariciadora, poco hábil todavía, pero muy suave. Luego reemprende su itinerario, curiosa por conocerme mejor. Vagabundea un instante por el oleaje rizado que rodea mi sexo, progresa entre mis piernas, pero se detiene en el acto al encontrarse inesperadamente con los testimonios de mi virilidad. Thérèse me pregunta con voz queda; comprende con palabras veladas la delicada fisiología de esos órganos, que tan insólitamente contrastan con la orgullosa rigidez del sexo. Entonces, los roza apenas con una prolongada caricia envolvente, como si tuviera que hacerse perdonar alguna torpeza de la que habría sido responsable su ignorancia.

Y otra vez su mano se vuelve vagabunda, menos tímida, impaciente por recorrer en todos los sentidos el reino vivo que acaba de conquistar. Ya sabe ahora volver a encontrar aquel rinconcito de carne cuya suavidad le resultó particularmente agradable; y también recordar los itinerarios jalonados por los estremecimientos más acusados de mi voluptuosidad. Pero su vaivén, a la vez más rápido y más suave, está demasiado coartado por las ropas que todavía lo tapan; entonces me las quito del todo y me abandono al fin a la voluptuosidad de estar desnudo delante de la mujer a la que quiero.

Acostumbrados a la penumbra, sus ojos adivinan cada detalle de mi cuerpo y siguen los estremecimientos del sexo sediento de ternura. Ha dejado de acariciarme, pero me contempla con avidez y la oigo murmurar repetidamente: «¡Mi hermoso cuerpo! ¡Mi hermoso cuerpo amado!».

Después se incorpora, se despoja a su vez de todas sus ropas y se acurruca a mis pies, amparando amorosamente su desnudez entre mis piernas separadas. Su mirada sigue clavada en mi sexo, que está muy cerca de ella; y le sonrío, le dice palabras de ternura: «Todavía me das un poco de miedo, pero te adoraré».

Por fin, sus labios avanzan hacia mí; mi deseo se crispa a la espera de una caricia que no tengo la fuerza de rechazar. Pero en el último momento, con mano temerosa, aparta el pene y hunde su boca en el hueco velludo de la ingle. Neófita todavía tímida ante el ídolo que no se atreve a acariciar con los labios, pero del que algún día será la sacerdotisa ardiente.

Una ráfaga de viento, que anuncia tormenta, provoca que golpee el postigo; Thérèse tiene un escalofrío.

—Enderézate, querida mía, vas a coger frío. Falta poco para que despunte el día, y es imprescindible que descanses.

En el horizonte, va surgiendo un pálido resplandor; el alba que, desde la guerra, nunca puedo contemplar sin tristeza, recordando las angustias de las madrugadas de

ataque. Un poco avergonzados, de pronto, por nuestra desnudez, corremos a la cama donde frioleramente nos apretujamos uno contra el otro.

Thérèse está de lado, toda encogida, dándome la espalda; la envuelvo estrechamente con el pecho, con el vientre, con los muslos pegados a ella.

Y mi deseo insatisfecho ha encontrado un refugio, un refugio cálido y peligroso, entre sus piernas. Thérèse percibe otra vez sus pulsaciones. Su mano lo aprieta en el hueco más secreto de su carne, con un gesto que, en un principio, ella pretendía compasivo y sosegador. Pero tanta suavidad la sorprende, en ese contacto de mi carne contra su carne. Entonces, acentúa su presión, la repite, la acelera, sin sospechar que está exasperando mi voluptuosidad hasta el paroxismo...

Cierro con la mía su mano, su mano que ahora se niega a abrir, celosa guardiana de la ofrenda abundante y cálida que le ha derramado mi amor.

XII

Me cuesta despertar, inmerso todavía en un pesado sueño. Debe de ser ya muy tarde, considerando la indiscreta insistencia de la luz en mis párpados; pero con los ojos cerrados, me dejo mecer por el ruido monótono de un chubasco que tamborilea en las hojas de los castaños. Mis pensamientos todavía están deshilachados, dispersos, semejantes a esas nubes que se estiran muy arriba, en el cielo de la mañana, y la imagen de Thérèse se reduce aún a una vaga reminiscencia de un acontecimiento feliz, con el que el destino me habría recompensado muy recientemente.

Sensación de frío: la manta ha debido de resbalar hasta el suelo. Con gesto maquinal, trato de subirla para taparme, pero una mano me detiene y me despierta del todo. Envuelta en su albornoz, Thérèse está estirada, atravesada en la cama cara abajo, con el rostro a la altura de mis caderas; contempla mi cuerpo. Y sin duda ha debido de desnudarme intencionadamente ella misma, pues la sábana sólo está levantada parcialmente y me destapa con exacta indecencia. Thérèse, sin embargo, parece desaprobar mi despertar; lo considera prematuro, y ante mi empeño, suplica:

—Anda, cariño. Haz ver que sigues durmiendo todavía, para complacerme.

Quisiera obedecerla, quisiera que mi deseo tardara en despertar; sin temor a confesar, a una mujer amante, la frágil humildad del pene adormecido. Pero ya me perturba el roce inmaterial de esa mirada, que ronda mi carne y sigue amorosamente sus detalles. Indócil a mi voluntad, mi sexo se estira bajo los ojos que lo espían, tiernamente divertidos; y sus pulsaciones, primero

vacilantes, no tardan en acelerarse. Levantamiento brusco, que provoca la risa de Thérèse. Ha retrocedido un poco, algo asustada, apoyando la cabeza encima de mi pecho; sólo veo su caballera medio despeinada; pero adivino su mirada siempre clavada en mi sexo. Enseguida vuelve a acercarse a él; su mejilla, al deslizarse por mi cuerpo, roza ya mi vientre con una lenta caricia. Y me estremezco de repente al notar el contacto, inexpresablemente suave, de una cálida caricia que envuelve la extrema desnudez de mi carne.

Voluptuosidad intensa, pero demasiado breve, ya que un sobresalto involuntario me ha separado de ella. Aun así, no me atrevo a provocar su renovación; y buscando una diversión, levanto el albornoz de Thérèse y descubro el torneado grácil de sus piernas y el adorable perfil de sus nalgas. No ha esbozado ningún gesto de rechazo; tampoco reacciona cuando mi mano se aventura entre sus piernas y alcanza el punto más secreto de su carne. Pero entonces, como una respuesta a mi provocación, la cálida caricia ya experimentada anteriormente envuelve nuevamente mi propia carne.

Cuando, por debajo de la hipertensión de mi sexo, noto la imperiosa llamada del espasmo cercano, de inmediato comprendo lúcidamente el peligro de una profanación imperdonable que nada podría disculpar. Entonces, con gesto brusco, me desprendo de la ternura excesivamente voluptuosa de mi mujer. Y luego me derrumbo sobre ella, con el rostro hundido en la encrucijada oscura de sus nalgas y de su carne.

¿Ha comprendido el motivo de mi ansiedad? ¡Qué más da! Dentro de unos días, todos los pensamientos estarán claros entre nosotros. Entre tanto no quiero dejarla temerosa de haber provocado ella misma mi huida, debido a alguna torpeza que me haya resultado dolorosa. Y para calmar su desasosiego, juego, con la punta de la lengua, a rebuscar en todos los recovecos de su carne, próximos a mi boca. Este juego, del que se defiende cerrando las piernas, nos distrae del paroxismo de nuestro

deseo; muy pronto, Thérèse rompe a reír, a causa de las cosquillas de mis incursiones y divertida por la resistencia que consigue oponerles. Finjo hartarme del juego: mis músculos se relajan; y antes de que haya tenido tiempo de recuperarse, separando las dos redondeces de sus nalgas con mis manos, recorro todo el estrecho valle con un buen lengüetazo indiscreto. Se gira con presteza, algo enojada a pesar de todo, y me echa; pero no tarda en volver, risueña y amenazándome con el índice:

—*You are the limit!* Y empiece por esconderse debajo de la sábana. ¡Es usted un ser absolutamente impresentable!

—¿Por culpa de quién? ¡Yo estaba durmiendo tan tranquilo, esta mañana...!

Nos peleamos unos instantes, tratando cada cual de absolverse de cualquier responsabilidad. Thérèse me trata de Barbazul, que se come a las mujeres; yo condeno su glotonería de ogro, que espía el despertar de los niños. Para poner término a la pelea, nos refugiamos en nuestros respectivos cuartos de baño.

El aguacero de la mañana apenas ha refrescado el ambiente; de tácito acuerdo, consideramos que, como atuendo, la bata es más que suficiente.

Como habíamos enviado al jardinero a buscar víveres, encontramos provisiones en el «tomo» de la cocina y almorzamos risueños. Después, pasamos la mayor parte de la tarde en un diván en el salón, Thérèse leyéndome unos versos al azar de una antología. Y yo la escucho, estirado a su lado, con la cabeza en su regazo; pero, haciendo oídos sordos a sus protestas, le entreabro la bata y apoyo mi mejilla contra la delicada blancura de su vientre. Vuelve a protestar, pero con tan escasa convicción como antes, cuando durante la cena la siento en mis rodillas; abriéndome la bata y subiéndole la suya, he querido que sus nalgas descansasen directamente sobre mis muslos. Respeto sin embargo la condición de aparente decencia que, no sabiendo a qué más recurrir, se ha empeñado en imponer; castamente vuelvo a cerrar su

bata sobre nuestra doble desnudez. Y durante toda la cena fingimos ignorar la insistente hinchazón de mi deseo, bajo el suave peso de sus nalgas desnudas.

Delante de la puerta de lo que fue «su» habitación, no le vuelvo a proponer, como ayer aún, que nos separemos. A Thérèse no obstante le gustaría que fuéramos «muy buenos». El balance del día parece en efecto honroso, nuestros escarceos de la mañana se han prolongado más allá del mediodía, y el resto del día sólo ha sido de una castidad muy relativa. Pero a la que apagamos la luz, nuestros cuerpos siguen buscándose, ávidos de ternura. En la complicidad de la noche, en la enloquecida maraña de nuestros cuerpos, vamos alternando las caricias de nuestras manos, de nuestras bocas, de nuestras carnes.

La oscuridad total, que ampara su pudor, desencadena en Thérèse un delirio de imaginación erótica; presiento en ella la amante desbordante de inventiva que, todavía, al cabo de muchos años de matrimonio, seguirá sabiendo renovar y diversificar nuestro goce. Me dejo llevar por su fantasía: una fantasía a veces ingenua, casi nunca torpe, de una intuición sensual exacta las más de las veces. Pero rehuyo cualquier contacto, algo prolongado, de mi carne contra su carne. La propia insistencia de Thérèse para provocar estos contactos, y retenerme en ellos, me pone en guardia contra su necesaria evolución. Fatalmente, y de común acuerdo, desembocarían en una posesión total. Y eso es algo que todavía me parece un poco prematuro.

¿Por qué? Me costaría decirlo. ¿Será el deseo de prolongar el hechizo perturbador de esta virginidad? ¿Nostalgia de las horas de iniciación, cuyo término sellará el acto de posesión? ¿Vacilación a la hora de hacer sufrir una carne ya demasiado querida? Tal vez. Pero más que nada temor de echar a perder, con un gesto brutal, una fecha memorable de nuestra historia carnal. Es en efecto el primerísimo día en el que nuestros cuerpos, tras haber concluido su descubrimiento recíproco, habrán podido por fin abandonarse, sin cortapisas, a la orgía de las caricias totales. Y quisiera que el recuerdo de ese día

permaneciera impregnado exclusivamente de voluptuosa ternura, sin la nota discordante de una violencia, incluso aceptada.

Buenas o malas, Thérèse acepta mis razones. Sabemos por lo demás, el instinto no engaña, que esta noche significa la última posibilidad de nuestra espera; mañana, nuestro doble deseo unirá nuestros cuerpos, incluso a pesar nuestro. Más confiados por la certidumbre misma de esta abdicación inminente, nos atrevemos a emprender una imprudencia suprema: con las piernas separadas, Thérèse me ofrece, en la noche, la desnudez esplendorosa de su carne; y yo la rozo con la punta húmeda de mi sexo, extremando mi voluntad contra la tentación de penetrarla violentamente. Primero muy lenta, mi caricia no tarda en volverse más insistente, más rápida; y luego sube hasta el desvarío de la voluptuosidad suprema, que me hace vibrar con un estremecimiento que me recorre de la cabeza a los pies. A Thérèse se le escapa un grito:

—¡Tómame!

Pero ya, sobre su vientre jadeante, he sacrificado mi voluptuosidad. Thérèse coloca allí su mano, ávida de conservar esa prenda efímera de mi deseo; y enseguida caemos rendidos de sueño, con las piernas todavía entrelazadas.

XIII

Según nuestras previsiones sobre la claridad de la mañana dominical, y habiéndolas acertado, teníamos fijado el programa del día desde ayer. Iríamos caminando hasta la iglesia, pero nos levantaríamos temprano; más vale, en efecto, adelantarse a la hora en la que el sol aplastará la carretera con una luz excesiva. Sin embargo, los proyectos de la víspera cambian singularmente en el momento del despertar; Thérèse se queja de que tiene sueño; se me cuelga del cuello para retenerme en la cama. Y cuando trato de zafarme, desliza con presteza la mano hacia la mitad de mi cuerpo, asiéndome a traición y riendo de su travesura:

—*¡Teneo lupum auribus!*

—¡Muy graciosa! ¿No te da vergüenza?

—Pero si está en el libro de gramática latina, querido mío.

—¡No te estoy hablando de gramática latina!

No obstante, se siente conmovida por la frágil somnolencia de mi sexo, todavía adormecido en su mano; dejando de reír, se aprieta tiernamente contra mí, y me susurra palabras cariñosas al oído. Luego, el azul de sus ojos se ilumina otra vez con su mirada divertida; pues bajo los dedos que los aprisionan, ha percibido que mi deseo despertaba de su torpor. Acepto ya mi derrota, renunciando a salir de la cama; cuento con la voluptuosa recompensa de mi cobardía. Pero Thérèse sin duda sólo pretendía tener la seguridad de su poder sobre mí. Satisfecha con el experimento, aparta la sábana, constata con la mirada su triunfo; después, tras una caricia fugaz de sus labios en mi pene erguido entre sus dedos, sale corriendo hacia el cuarto de baño donde se encierra con

llave.

Tras la monotonía de los interminables muros que cierran nuestra avenida desierta, el camino de la iglesia desemboca de repente en el campo. Vagabundea entre dos setos espesos; es un auténtico camino de los de antaño, de cuando las carreteras todavía no se vestían de luto con su negra ración de alquitrán. Y procedente del remoto siglo pasado, una carreta se acerca dando tumbos hacia nosotros, una auténtica carreta de las de antes, con un caballo pío y el balanceo de su capota y los chorritos de polvo que levanta cada rueda.

Thérèse va armada de una sombrilla japonesa que había en el vestíbulo, resto probable de alguna fiesta galante; y cuando, sobre su hombro, hace girar la sombrilla multicolor, un caleidoscopio cambiante aureola la apacible felicidad de su rostro. Probablemente va a hacer mucho calor hoy; las sombras ya se van acortando y, temerosas, van refugiándose al pie de los árboles. Pero Thérèse quiere que el sol sea perdonado, por la alegría de los pájaros, por la roja provocación de sus amapolas, por la blancura de las coladas que hace que florezcan los vergeles. Y cuando empiezo a pedirle disculpas por adelantado por el calor que nos va a tocar a la vuelta, Thérèse se pone a declamar un himno a la luz:

¡Hola! Pues antes de ti las cosas no existían.

¡Hola!, suave; ¡hola!, poderosa

luz, gracias a ti las mujeres son hermosas.

Y al acabar:

—¿Quién es el autor de eso? Adivina.

Inseguro, lanzo nombres al azar. Sonríe cuando nombro a Victor Hugo, se ríe a carcajadas cuando menciono a Arthur Rimbaud; y bate palmas desbordante de alegría cuando por último atribuyo el poema «a algún ilustre desconocido». Entonces, triunfalmente, nombra a ese desconocido:

—¡Anatole France, señor mío!

Y luego, sin discontinuidad, me detiene en medio de la

carretera, me besa en los labios, y me mira con humildad:

—No te creas —me dice— que soy una tonta vanidosa porque me sé unos cuantos versos que me he aprendido de memoria. También sé que existe un mundo científico y profesional muy amplio, en el que tú te mueves con absoluta soltura, cariño.

Y cuando lo pienso, me siento vergonzosamente ignorante.

*

Durante toda la misa, arrodillada en un reclinatorio y con la cabeza hundida entre las manos, Thérèse parece ignorarme. Me siento ligeramente disgustado. Envidio al grupito turbulento de chiquillos de la catequesis que disimuladamente hacen diabluras; envidio su risa a punto de estallar, porque, por debajo del hábito demasiado corto del monaguillo, sobresalen sus rojas y gruesas pantorrillas. Y cuando salimos de la iglesia, durante un rato pongo caras largas.

—¿No dices nada, mi amor?

—No me atrevo. Todavía estoy impresionado por tu recogimiento de antes.

—¿Mi recogimiento?

Thérèse niega sacudiendo la cabeza:

—Mi tentativa de recogimiento, más bien. Estaba más distraída que Margarita después de pecar; sin duda, debía de haber algún Mefistófeles en las proximidades susurrándome pensamientos impuros.

—¿Dónde? ¿El señor gordo que tenías a tu derecha, en la iglesia?

—¡Qué horror! Ni siquiera le he mirado. No, eras tú, sin duda, el tentador.

—¡Tentador!, ¿yo? ¿Cómo puedes decirlo? Si lo único que yo hacía era bostezar tranquilamente en mi rincón, sin más distracción que acariciarte las piernas con la mirada.

—Pues eso está muy feo, señor mío. No quiero que

parezcáis un libertino haciendo gala de su incredulidad. ¿Qué habrán pensado las pobres devotas? —Y Thérèse concluye, más seria—: No hay que escandalizarlas.

—Y tú, ¿acaso eres tú tan creyente?

—¿Creyente? No, no lo suficiente al menos. Pero incapaz de burlarme de las creencias de los demás. Si hay una ordinariez que me saca de quicio es la que se mofa de las preocupaciones místicas de los demás: la estúpida suficiencia del farmacéutico Homais.

—¿Un reproche?

—¡No, cariño! Sé perfectamente que piensas exactamente lo mismo que yo al respecto. Si hubiera sido más firme en mi creencia, un poco devota incluso, habrías sido más respetuoso con mi fe.

Y, apretujándose contra mí, añade en un susurro:

—Como has sido respetuoso, tan tiernamente respetuoso, con mis temores, con mis primeros pudores de jovencita.

Me repite lo que sus cartas ya me habían revelado respecto a la evolución de su alma: sus aspiraciones religiosas, las angustias de las primeras dudas, el nuevo despertar de la fe tras un retiro espiritual, luego la nueva crisis de fe. Y admiro la seriedad de su espíritu, su probidad intelectual, la precisión de su propio diagnóstico psicológico.

—No te lo he confesado... Pero vas a reírte de mí.

—No, dime, querida mía.

—Pasé una temporada entrenándome, siguiendo los *Ejercicios espirituales*, de San Ignacio de Loyola.

—¿En serio?

—Pues claro. Y con la misma convicción con la que se concentra ahora un equipo de fútbol para una final. No lo conseguí, por cierto. Pero hay ocasiones en las que me dejé arrastrar por unas aspiraciones místicas inmensas, sin alcanzar nunca a precisar mi ideal. A lo mejor, inconscientemente, estaba aspirando a ti.

En cuanto llegamos a casa, nos separamos unos instantes, para ponemos lo que llamamos nuestro «traje de jardín»: conjunto de playa, pantalón amplio, jersey ligero y bolero muy corto para ella; traje de franela, pantalón y chaqueta, directamente sobre la piel para mí. Pero sostengo que su jersey está de más.

—Quítatelo, Thérèse. Hace mucho calor afuera.

—Pero no te das cuentas de que es imposible. Este bolero es ridículamente corto; andaría enseñando los pechos y estaría absolutamente indecente.

—Nadie va a verlos, debajo de nuestro emparrado.

—¿Y los jardineros?

—Les he dado fiesta todo el día; han ido a Evreux, o por ahí. ¡En las tres hectáreas de nuestro parque vamos a estar tan solos como Adán y Eva en el paraíso!

Me acusa de criminal premeditación; luego permite que le desnude el busto, sin mayores protestas. Parece incluso tan tranquila en la olímpica indiferencia de su semidesnudez, que no me atrevo a besarle los pechos, pese a la tentación, pero cuando vuelvo a ponerle el bolero, cerrándolo como puedo sobre sus pechos, me lanza un reproche:

—Malo. Ni siquiera me los has besado.

Encantado de pagar mi tributo y rendirles honores, me inclino hacia ella. Pero Thérèse se cruza de brazos tapándose el pecho y, con fingida indignación, protesta:

—¡No señor! Están muy enfadados. Se dejarán besar por todo el mundo, pero por usted no.

*

Como los días anteriores, hemos buscado refugio en la sombra fresca de un grupo de tilos; un tupido macizo de alheñas lo circunda, dejando, en ese jardín soleado, únicamente una estrecha y discreta franja abierta. El banco de madera empieza a resultarnos familiar; un banco banal, de listones verdes, como se ven en todos los jardines; pero su perfil redondeado, trazado sin duda por

algún sensual diseñador, se amolda blandamente a la forma del cuerpo. Sentada a mi derecha, Thérèse se quita el gran sombrero de paja, imitando el ademán de Cirano: «Con gracia lanzo mi sombrero...»; e imita, con voz de burla, el habla gangosa de los viejos actores. Pero se interrumpe, con la mirada perdida, soñadora unos instantes; y, con un suspiro, su cabeza cae sobre mi hombro.

—¿Estás triste?

—No, muy feliz. Sólo un poco cansada.

Por debajo del amplio escote del bolero, vislumbro el torneado de un pecho: línea pura realzada por un matiz sanguíneo. Me gustaría ser capaz de admirarlo serenamente; pero siento ya una punzada en los riñones; mi deseo, parásito indómito, se despierta y se despereza. Rodeo con un brazo los hombros de Thérèse y adelantando la otra mano hacia el hermoso pecho semidesnudo, lo rozo acariciándolo. Thérèse apoya su mano sobre la mía para inmovilizarla:

—Amor mío, deja la mano donde está, pero sin moverla. Sabes perfectamente que si me acaricias perderé enseguida el control. Quisiera descansar un poquito; la sombra es tan suave, después de la carretera al sol.

La obedezco, cerrando la mano sobre la esfera palpitante. Lo que me produce una nueva y delicada voluptuosidad, cuando constato la adaptación exacta de este pecho, algo pequeño, a la medida de mis dedos. ¡Con qué facilidad me dejaría convertir hoy a la tesis de las causas finales! El pezón de carne rosada, que no se pone duro con el placer, está como adormecido en la palma de mi mano.

Thérèse ha puesto una de sus manos encima de mi rodilla. La atraigo, muy ligeramente, hacia mí; comprendiendo al punto este impulso, la mano asciende por mi muslo, tropieza con mi sexo, tieso bajo la tela ligera, y se detiene encima de él. Este contacto, sin embargo, resulta demasiado discreto para podemos satisfacer, así que la mano se pone nuevamente en

movimiento, buscando la abertura de la prenda de vestir.

—Ayúdame un poco, querido, soy tan torpe todavía.

Febrilmente, abro del todo la brecha; algo incómodo, no obstante, por el vello oscuro bruscamente puesto al descubierto y por la mirada de Thérèse posada sobre mí. Pero sonrío y se arremolina más aún en el hueco de mi hombro. Su mano juega a enredar los mechones rizados y a perderse en ellos; luego coge el pene candente, va tanteando, algo insegura todavía, encuentra la punta donde se confiesa mi deseo, se detiene en ella un instante. Enseguida vuelve a empezar, se desliza entre mis piernas, acaricia con un ligero roce los órganos cuya temerosa fragilidad comprende y, haciéndoles un nido juntando los dedos, se inmoviliza del todo.

El tupido follaje de los tilos aísla nuestro amor. Pero los gritos agudos de las golondrinas, que surcan el cielo, y el concierto desordenado de campanas expresan el azul infinito de ese domingo del mes de julio. Con los ojos cerrados, Thérèse parece haberse dormido en mi hombro. Pero un estremecimiento recorre sus dedos que me aprisionan; una caricia apenas perceptible, pero a la que la hipersensibilidad de mi carne responde en el acto. Sobre el pecho en el que está posada, mi mano se crispa un instante. Thérèse se inclina hacia mí y suspira.

—Te quiero, cariño. Te quiero intensamente. Me gustaría saberte explicar... ¡tantas cosas!

—¿Tanto cuesta decirlas?

—¡Sí, lamentablemente! Y sin embargo noto tan vivo dentro de mí todo ese amor que me angustia. Me desborda en el corazón; parece como si fuera a subírseme directo hasta los labios y escaparse en palabras ardientes. Pero los labios, sabes, cuando están enamorados, sólo conocen un lenguaje: el de los besos. Y cuando se les pide que se expresen con palabras, no saben traducir los sentimientos con exactitud.

Al cabo de un rato de silencio:

—Y además me daría miedo analizarme ante ti. Me encontrarías tan complicada.

—¿Dudas de mí, todavía? No está bien. ¿Crees acaso que te querría más si, en vez de ser tan complicada, como dices tú, te abandonarás a tu instinto sin reflexionar? Al revés, la adorable diversidad de todo tu ser me encanta infinitamente. Mi amor por ti, querida mía, mi amor, tan intensamente carnal, ha nacido de esta diversidad; sé compone de admiración por la claridad de tu inteligencia, por la limpidez de tu alma, casi tanto como de deseo por tu cuerpo. Y nuestras caricias más... más tiernamente atrevidas me parecen lícitas porque, pese a todo, amo en ti algo más que tu cuerpo.

Algo reticente, aparentemente al menos, pero coqueta y sobre todo traviesa, Thérèse hace un mohín. Protesta:

—Pero a mi cuerpo no hay que menospreciarlo, pese a todo; ni siquiera cuando se abandona con demasiado frenesí; ¡no hay que tener vergüenza de amarlo!

—¡Ah! ¡Sí, tengo aspecto de eso, en efecto! Pero ahora en serio, querida, esta veneración que experimento hacia tu ser intelectual y moral no ha de preocuparte. No hace que mi deseo se vuelva más temeroso, sino que por el contrario lo provoca, lo vuelve más exigente, más audaz; le permite ser más libre, porque disculpa su propio frenesí. Y también hará que sea más duradero.

Thérèse no responde. Pero su mano, acurrucada entre mis piernas, me envuelve con una caricia más insistente y más ligera a la vez; una caricia fluida que me electriza con una voluptuosidad intensa. De repente indiferente a nuestra discusión, Thérèse se concentra exclusivamente en los prolongados ecos de esa caricia a través de mi sensualidad. Acecha sus vibraciones, las vuelve a provocar una y otra vez, y deja por fin que se vayan extinguiendo lentamente. Entonces me sonrío, con la mirada algo nublada, al parecer haciendo un esfuerzo para reanudar el hilo de su pensamiento.

—¿De qué estábamos hablando?

—De nosotros, querida. De tu amor, que considerabas tan complicado.

—¡Ah, sí! Lo que me parece complicado, sabes, lo que

me gustaría saberte explicar, es (¿cómo decirlo?) la multiplicidad de nuestro amor. Ha crecido demasiado deprisa, sin duda; contiene un poco de todo; pero ¡menudo desorden! Un auténtico cajón de sastre. Restos de misticismo religioso, entremezclados con una adoración pagana hacia ti; una admiración profunda por tu inteligencia, al mismo tiempo que una ternura disparatada hacia determinadas particularidades de tu cuerpo; una necesidad casi maternal de acunarte; y luego, de repente, un deseo ardiente de tus caricias. Todo eso, lo percibo con claridad; sobre todo cuando estoy pegada a ti, fascinada por la profundidad de tu mirada y perturbada por tu deseo, tan vibrante en mi mano. Pero sé decirlo muy mal y tengo miedo de que no comprendas lo mucho que te quiero.

—¿No estarás decepcionada, verdad?

—¿Decepcionada? ¿Decepcionada por qué, Dios mío?

—Por la espera que te he querido imponer. Más adelante, tal vez, dudarás de mi amor, de mi deseo por ti.

—¡Oh, cariño mío! Pero si lo he visto, si he tocado tu deseo, lo he sentido desfallecer por el exceso de nuestras caricias. ¿No comprendes que todavía te quiero más, por haberlo conocido todo de ti, antes de entregarme? ¿No comprendes mi agradecimiento (y mi orgullo también) por no haber tenido que entregarme a ciegas?

Sin embargo sus palabras me preocupan. Con aprensión, le pregunto:

—¿Crees que valdría más esperar un poco todavía?

—¡Oh, no! No puedo más. Sabes perfectamente que estoy impaciente por ser toda tuya, tuya del todo. Pero a cambio te deberé unos días de un sueño milagroso, que siempre iluminará nuestro amor. Un sueño que habría sido del todo imposible, lo sé perfectamente, con cualquier otro que no fueras tú.

Su mano, que me aprisionaba con tiernas precauciones, empieza otra vez a recorrer mi cuerpo; se apiada de la dura tensión de mi sexo y se altera con la húmeda confesión de mi deseo.

—Comprendo —me dice Thérèse— lo mucho que te ha costado; a qué prueba he sometido tu ternura, tu delicadeza infinita. Pero lo que más admiro en ti, por encima de todo, es precisamente ese contraste entre tu deseo, terriblemente imperioso, y tu indulgencia por mis temores de muchachita. Te quiero a la vez por tu violencia del primer día que tanto me asustó, y por tu paciencia, desde entonces.

Con la corola de sus dedos cerrados, presiona amorosamente la punta viva del pene, y concluye:

—Te adoro; te adoro porque eres... como él, a la vez muy fuerte y muy suave.

Sus palabras se pierden en un hilito de voz; parece dudar, harta de todo lo que las palabras no saben expresar. Pero sus dedos se vuelven más acariciadores, más curiosos de los detalles de mi carne, más hábiles para provocar las vibraciones de mi voluptuosidad. Y debajo de mi mano que lo aprieta, siento que el pecho de Thérèse se hincha, con la punta erecta.

Me incorporo, con las sienes doloridas por un pesado martilleo ensordecedor:

—¡Mi mujer amada, ven!

XIV

A unos pasos de nuestro emparrado hay un cobertizo de madera; sirve para guardar los muebles de jardín y de refugio para los paseantes en caso de chubasco repentino. Conduzco a Thérèse hasta ella y cierro la puerta a nuestras espaldas.

Dentro reina una atmósfera cálida de invernadero que vibra con una extraña luminosidad: reflejos de sol que el prado circundante tiñe de verde y proyecta en el techo, a través de los intersticios de los postigos cerrados. El mobiliario es de una indigencia decepcionante: una caja de juego de croquet entreabierta, dónde se alinean sus bolas de colores; en un rincón, sombrillas cerradas y polvorientas; en el centro, una pila de mesas y de sillas metálicas amontonadas. Pero, contra la pared del fondo, una gran tela gris parece ocultar más muebles. Con cierta desconfianza, levantamos una esquina de la tela; luego, agradablemente sorprendidos, la retiramos del todo. Surgen cojines multicolores, profusamente repartidos por el suelo; y de su desordenada disposición emerge un diván, mullidamente tapizado de terciopelo rojo. Empujo a Thérèse hasta él, impaciente por desnudarla. Y por adelantado, imagino la blancura nacarada de su desnudez, contrastando con el encamado del tejido.

Pero opone resistencia:

—No, ahora me toca a mí. Déjame hacer.

Y sentada delante de mí, aprisionando mis piernas contra el borde del diván, me retiene, de pie entre las suyas. Mis ropas, desde nuestras últimas caricias, están entreabiertas y dejan al descubierto la base del pene. En esa sombra velluda, Thérèse posa sus labios, aspirando golosamente la humedad de mi piel. Luego empieza a

desnudarme. Me quita la chaqueta, se afana un instante con la hebilla de mi cintura, consigue por fin abrirla. Entonces, deslizandolas las manos a lo largo de mis caderas, hace que mi última prenda caiga al suelo. Estoy totalmente desnudo ante ella, con el sexo tenso, vibrando todavía por su repentina libertad.

Como si acabara de descubrirlo de nuevo, Thérèse contempla mi cuerpo con una sonrisa de asombro; lo acaricia de arriba abajo levemente con suaves tocamientos y lo cubre de besos fugaces. Y me mantiene así un buen rato, sin cansarse de mirarme, de palparme, de lamerme. Después, siempre sujetándose de pie entre sus piernas, me hace poner de perfil. Y empieza a seguir apasionadamente la doble línea de mi cuerpo; lo roza con la caricia de sus dos manos, una deslizándose por mi espalda y siguiendo la línea de mis nalgas la otra, con un movimiento paralelo, errando por mi vientre y mi sexo.

Poco a poco, no obstante, las caricias se van volviendo más precisas, más meditadas, buscando los puntos de sensibilidad más a flor de piel, volviendo a ellos, insistiendo. Suplico a Thérèse que no siga, pues presiento el peligro de un placer demasiado intenso. Pero mi ansiedad, de la que su tierna inventiva se enorgullece, provoca su sonrisa; y la confesión de mi debilidad, en vez de detenerla, la vuelve más ardiente todavía. Siento que me arrastra la oleada embriagadora, la irreprimible voluptuosidad; sé que dentro de un instante no habrá pudor que la pueda contener, ni la vergüenza del espasmo siquiera, bajo la ávida curiosidad de esa mirada. Sin embargo, un breve deslumbramiento acude en ayuda de mi voluntad desfalleciente. En el ambiente excesivamente pesado, las paredes de la casita parecen vacilar a mi alrededor; y me derrumbo sobre los cojines que cubren el suelo, escapando así, muy a pesar mío, de las manos de Thérèse, enloquecidamente enamorada. La decepción se pinta en su rostro. Pero percatándose de mi palidez, me echa los brazos al cuello y oculta mi cabeza contra su vientre, que el bolero demasiado estrecho deja al

descubierto.

La hipertensión sensual que tan cerca estaba del orgasmo tarda en sosegar. En vano, trato de sustraerme a ella, inmóvil, con los ojos cerrados. Un recuerdo basta para reavivarla, y una oleada de voluptuosidad hace que se me hinche el sexo. La ansiosa pulsación, sin embargo, se atenúa, renace otra vez, se atenúa de nuevo. Y sólo desaparece al fin para dejar mi deseo más exacerbado, más ansioso por recuperar ese vértigo del que espera su satisfacción.

En cuclillas, desnudo, entre las piernas de Thérèse, yo también quiero desnudarla: el conjunto de playa que todavía la cubre me resulta físicamente intolerable. Con un movimiento de caderas, me ayuda a liberar sus nalgas y a hacer que se deslicen sus ropas. Me deja separarle las piernas; me deja desenredarle, con los dedos, sus rubios rizos desordenados; me deja entornar su más secreta desnudez. Tumbada de espaldas sobre el diván, con los muslos separados, se arquea haciéndome la ofrenda de su sexo jadeante; luego se abandona con avidez a las múltiples caricias de mis labios y de mi lengua, embriagados por la humedad creciente de su deseo.

Por fin me enderezo para recuperar el aliento; y como estoy de rodillas entre sus piernas, nuestros sexos se juntan. Entonces con mi carne acaricio esa carne que se ofrece, lo más lentamente que la tensión ardiente de mi deseo me lo permite. Una larga caricia que sacude a mi mujer primero en los recovecos de sus nalgas, asciende luego a lo largo del purpúreo valle carnal, hace vibrar su sensibilidad más sutil y concluye por fin en lo más mullido de su vello. A medida que su goce se va exasperando, los pechos de Thérèse vibran con un jadeo cada vez más rápido. Arqueado hacia mí, su cuerpo sube, baja, obedeciendo a la necesidad instintiva de intensificar y de acelerar el roce húmedo de nuestras carnes. No puede contener un grito:

—¡Ah! ¡Tómame, tómame del todo!

Y no obstante, dudo. Dominando el tumulto de mis

sentidos, un escrúpulo todavía me retiene: temor de desgarrar esa carne cuya frágil dulzura conozco; compasión por la sensibilidad de ese cuerpo virgen que quiere entregarse a la satisfacción brutal de mi deseo. Sorprendida por mi vacilación, tal vez algo decepcionada, Thérèse se ha quedado inmóvil, hundida en el diván. Pero se incorpora a medias, me rodea con sus brazos, ase con sus manos crispadas mis nalgas, y en el momento en el que la caricia de mi sexo, de regreso de los pliegues de sus nalgas, alcanza de nuevo su carne, me atrae violentamente hacia ella, con un gesto apasionado que me clava dentro de ella.

Leo en su rostro la sucesión, extraordinariamente rápida, de sus emociones: una crispación fugaz del rostro; un velo húmedo que le nubla los ojos; por último, un brillo de feliz orgullo. Durante un momento todavía, me sonrío, algo doliente, pero aun así con mucha ternura. Luego, cerrando los ojos, se deja caer hacia atrás, sin más quejidos que un grito de amor.

—¡Mi marido! ¡Mi marido querido!

XV

—Y eso es todo —dije yo con un hilo de voz, a modo de conclusión.

Me sentía algo incómodo por el mutismo de mi tío y temía haber hablado demasiado. Sin decir palabra, con los ojos cerrados, él insistía en seguir dando caladas imaginarias, pese a que hacía mucho que la pipa se había apagado. Por fin, volviéndose hacia mí, me dirigió una mirada cuya dulzura me sorprendió:

—¿No lamentarás —me dijo— haber seguido mis consejos?

—No, por supuesto que no.

—Pues bien, no te guardes egoístamente para ti la fórmula. Haz que otros la aprovechen también.

—¿Pero cómo queréis...?

—Cuéntales tu experiencia.

—Jamás. Entre nosotros he podido hacerlo porque habíais provocado el experimento; os debía una relación exacta del asunto. Pero ¿supongo que no me imaginaréis divulgando estas confesiones de alcoba en una conferencia pública?

—Escribe tu historia con seudónimo. Hazlo objetivamente, sin complicaciones literarias. Una mera «experiencia», como dicen los fisiólogos.

—Pero además, para ser demostrativa, la experiencia tendría que ser descrita con una relación exacta de los hechos, sin temor a precisar las múltiples reacciones del deseo. Pero ¿cómo hacerlo sin levantar oleadas de indignación?

—Deja que clamen los fariseos. Tienen necesidad de mujeres adúlteras y de invertidos y de barbaridades sugeridas con palabras encubiertas; pues la regla del

juego consiste en evocar situaciones escabrosas, utilizando un vocabulario de doble sentido.

—Entonces me acusarán de hacer trampas, si tan sólo evoco sanos amores conyugales, llamando sencillamente las cosas por su nombre.

—Otros, por el contrario, te lo aplaudirán. Y te agradecerán que hayas tratado con toda franqueza, sin falsos pudores, ese problema esencial, el más importante de los problemas sociales: la armonía sexual en el matrimonio.

—Me objetarán la inutilidad de unos pormenores excesivos. Nuestros padres se daban por satisfechos con unos puntos suspensivos... y la imaginación hacía el resto.

—¿La imaginación carnal? ¡Precisamente! Sabes perfectamente que el «hombre de la calle», da igual que sea banquero o ingeniero, carece totalmente de ella. Otros la suplen con vicios de maníaco o con un frenesí de brutal obscenidad, cosa que tampoco mejora el entendimiento de la pareja. Pero ¿cabe reprocharles, sin hipocresía, su torpeza a esos primarios del amor? ¿Quién se ha preocupado alguna vez por despertar su psicología conyugal?

—Vuestros primarios del erotismo siempre sabrán lo suficiente como para acariciar a una mujer y ponerla en sintonía con su deseo.

—¡Qué te crees tú eso! ¡Ni lo sueñes! El virtuoso del amor conyugal escasea tanto como los verdaderos poetas. Todos los demás son lamentables, con sus manazas torponas, capaces tal vez de algún esbozo de caricia, pero al momento ineptos, por falta de imaginación. Es para ellos, para evitar que sus mujeres vayan a otra parte a saciar su sed de ternura carnal, para quienes deberías escribir tu «experiencia».

—Otros ya lo han hecho antes que yo.

—Lo han hecho tan sólo a medias. Sin atreverse a rebajarse a esta humilde minucia de detalles, a la que, no obstante, nada podría aportar el egoísmo satisfecho de un

marido sin imaginación.

Y sin esperar más objeciones por mi parte, mi tío prosigue:

—Muchas veces, durante los momentos de nostalgia de la guerra, jóvenes oficiales me han hecho confidencias respecto a sus proezas amorosas; y a menudo eran bastante subiditas de tono. Pero, en la casi totalidad de los casos, ¡qué falta de matices!, ¡qué lamentable ignorancia de los reflejos de una muchacha virgen!, ¡qué brutalidad en la iniciación! Y una vez que se me ocurrió reprochar a uno de ellos haberse comportado durante su noche de bodas sin el menor miramiento, sin esperar los días necesarios para el despertar carnal de su joven esposa, me miró con cara de asombro: «¡Pues vaya ocurrencias tiene usted!», me dijo. «Estábamos absolutamente solos en mi nido de amor; me moría de ganas. ¡Esperar unos días antes de poseer a mi mujer! ¿Y qué diantres habríamos hecho durante todo ese tiempo?». A esta pregunta debería responder tu relato.